

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — Tomo XXIX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 26. — N° 750.

## SUMARIO.

La estatua de la emperatriz Josefina; grabado. — Revista española. — Poesias. — Los sucesos de Servia; grabados. — Revista de Paris. — Cuentas equivocadas. — Funerales del segundo rey de Siam; grabados. — Viaje al polo boreal. — Exposicion universal de 1867: el vestido. — Alto-relieve de plata de la fábrica de Salskoff, en Moscou; grabado. — La cama bordada por lady Carrington; grabado. — El pabellon imperial; grabado. — El jardin central de la Exposicion universal; grabado. — Los dos penados. — M. J.-O. Couat, violonista; grabado. — El puerto de Dakar; grabado.

## La estatua

DE LA EMPERATRIZ JOSEFINA.

El 25 de abril último se ha dado colocacion á la estatua de la emperatriz Josefina en la avenida que lleva su nombre, cerca del arco de triunfo de la Estrella. Esta notable escultura es obra de M. Vital Dubray, y el arquitecto del pedestal es M. Davioud. La inauguracion tendrá lugar dentro de pocos dias. Poco á poco el nuevo Paris se va poblando de estatuas; pero aun estamos lejos de Atenas y de Roma, que poseian tan crecido número de estatuas que, al decir de un historiador, de noche parecian vivas. H. C.

## Revista española.

La semana santa. — Lo que piensan los niños. — Lo que piensan los jóvenes. — El amor. — Un libro precioso de la señora Gomez Avellaneda. — Dos fragmentos de poesia. — Los Dos camaradas, de Ventura de la Vega. — La Ultima moda. — El Album de un loco. — Un apasionado de Zorrilla que no tiene un cuarto. — Un editor generoso. — Disparates en verso y el código.

El mes de abril empezó con la semana santa, cuyas funciones se han celebrado este año con gran solemnidad y con mucho orden.

Estas solemnidades tienen además del interés general, uno especial para cada clase de las muchas que constituyen lo que llamamos la especie humana.

Para daros una idea de las distin-

tas aspiraciones de cada cual, ved lo que espera la infancia de la semana santa.

— ¡Oh! ¡qué dicha, mamá! exclama un niño.

— ¿Por qué esa exclamacion, hijo mio? le pregunta su madre.

— Hoy nos han dado vacaciones en el colegio; la semana que viene es SEMANA SANTA, despues Pascua, ¡nada menos que diez dias de juego!...

— ¿Y te alegras?

— Muchísimo. Además, mañana es domingo de Ramos, me llevarás á la iglesia, me comprarás romero y una palma; los bendicirá el cura, los pondré en el balcon, y me divertiré mucho.

— Estos dias, hijo mio, hay que pensar en Dios, hay que rezar.

— Ya se ve que sí... Pero me comprarás una carraca como la de mi primo Manolito, la criada me llevará á las tinieblas, y cuando apaguen la última vela, haré mucho ruido... mucho... como los otros chicos. El juéves me llevarás á andar las estaciones... yo quiero entrar en muchas iglesias para ver las luces de los monumentos; el viérnes iremos á la procesion. ¡Me gustaría tanto llevar una vela!

— ¡Bonito te pondrias de cera!

— Ya tendria cuidado... ¡Ah! Y el sábado quisiera ir á la misa de Gloria á las monjas de al lado..... ¡Tocan tan bien el órgano! Y el domingo de Pascua al teatro, y el lunes al Retiro, y el martes...

La madre, que piensa de distinta manera que su vástago, se embelesa escuchándole, y cogiéndole en sus brazos:

— Sí, hijo mio, le dice, todo lo que quieras.

Aquellas frases que expresan los deseos del tierno niño, son la verdad bajo la forma de la inocencia, y la verdad es un consuelo en estos dias sobre todo.

Cambiad la decoracion y observad á la juventud.

La escena pasa en un gabinete de los mas elegantes de Madrid.

— Ya vereis como va á llover, dice una hermosa joven de diez y seis á diez y siete abriles á dos amigas suyas que la acompañan.

— Lo sentiria, responde otra.

— Y yo tambien, añade la tercera, porque querria estrenar mi vestido de cola de tórtola.

— ¡Cuando hace buen tiempo da gusto!

— Entonces se puede lucir lo que una lleva.

— ¡Las calles están tan animadas!

— ¡Ahora se gasta tanto lujo para salir á andar las estaciones!

— Nada menos que dos trajes pueden estrenarse: uno el juéves y otro el viérnes.

— Seria una lástima que lloviese.

— Yo he ofrecido rezar una estacion mas si no llueve.

Mudemos de decoracion.

Varios jóvenes elegantes están reunidos... donde ustedes quieran.

— Doce tarjetas he recibido ya, dice uno de ellos, y tengo preparadas once monedas de dos duros y una de á cinco.



Estatua de la emperatriz Josefina, por Vital Dubray, erigida en el bulevar del mismo nombre, el 25 de abril de 1867.

— La última para la condesita, ¿no es verdad?  
 — Lo has acertado; pide en los Italianos, ¡y como es tan linda!...  
 — Pues yo ya tengo preparadas mis municiones; duros isabelinos que suenan mucho al caer en la bandeja.  
 — La Carrera, la calle de la Montera y la del Carmen estarán animadísimas.  
 — Las señoras no piensan mas que en los trajes que deben estrenar.  
 — Lástima es que la marquesa se haya ido á Sevilla.  
 — Al contrario, ha hecho bien.  
 — La semana santa en Sevilla es el cuadro mas bello del mundo.  
 — A mí me gusta mas en Toledo.  
 — Allí es mas triste.  
 — ¿Con que hasta el juéves?  
 — Nos reuniremos en casa de Lhardy.  
 — Mejor será en la puerta del Casino.  
 La juventud no piensa, pero tampoco oculta que no piensa.  
 Pero llega un dia en que el amor nos hace comprender la verdad.

Figúrense Vds. unidos por un verdadero y entrañable amor, á una de las tres jóvenes que sentían hace poco que lloviese el día de juéves santo, con el elegante que se proponía depositar una moneda de cinco duros en la bandeja de la linda condesita.

Han pasado algunos años, y los dos han disfrutado esas dulcísimas emociones de la vida conyugal, y han sufrido los sinsabores que empañan como una nube el despejado cielo de la felicidad.

Si se aman con toda su alma, si él es para ella todo el mundo, y viceversa, entonces cuando llegan estos dias religiosos, como la ventura que disfrutan les hace comprender á Dios en toda su grandeza, como la gratitud que experimentan abre su corazón á todos los sentimientos generosos, necesitan cumplir con los deberes de cristianos, y no durante el día, cuando lucen sus galas los que no sufren, los que no saben gozar, si no al anochecer, van al templo llena el alma de fe, su emoción es inmensa y dulcísima, allí elevan al cielo sus oraciones; y si Dios ha bendecido su unión, si tienen en la cuna un tierno niño, ¡con qué entusiasmo piden á la Virgen que acoja bajo su protección á la inocente criatura que ha nacido de su amor, vive de él aumentándole, y está llamada á completar su dicha.

Algunos años mas, y cuando la inteligencia del niño se desarrolle, cuando su corazón empiece á sentir, la joven que pensaba en sus trajes, el joven que conservaba la moneda de cinco duros para depositarla en la bandeja de la linda condesa, explicarán á su hijo con fe sincera los episodios de la Pasión y Muerte del Redentor del mundo, la triste soledad de su adorada Madre.

La medalla tiene su reverso: el enemigo del espíritu es la materia: prueba al canto.

Un hombre que pasa ya de cuarenta, sin ilusiones, ni familia, solterón por egoísmo, sale de la oficina, llega á su casa y llama á su criado.

— Prepárame todo para mañana.  
 — ¿Va Vd. de pesca?  
 — Sí.  
 — ¿Un día como el que es?  
 — No hay oficina, ni pasado ni el otro, y voy al campo. En el río del pueblo se pescan sendas truchas, y puede uno muy bien hacer ejercicio; echar una cana al aire y comer de viérnes.  
 — ¿Por supuesto que irá Vd. en el omnibus?  
 — Sí; toma dos asientos para mí... estoy tan gordo que apenas quepo en uno.  
 ¡Contrastes de la vida!

Pero la semana santa pasó adornada este año con prematuras lilas; y ahora voy á ocuparme de un libro preciosísimo, de una joya á la vez religiosa y literaria, obra de una pluma que aman tanto los americanos como los españoles.

Dos años de soledad y de silencio, dos años en los que los admiradores de la señora Avellaneda buscaban obras de su pluma, en los que los amigos preguntaban por ella sin hallarla, han producido un libro que eternizará su memoria entre los fieles católicos, así como sus versos, sus novelas y sus obras dramáticas la han eternizado en la literatura patria.

Este libro es un *Devocionario* en prosa y verso del que dice la censura eclesiástica: «Este Devocionario está escrito con mucha unción y piedad, puede ser de grande utilidad para los fieles, y es muy digno de que se recomiende su lectura. Además es notable por su mérito literario, siendo bellísimas las muchas composiciones poéticas que contiene, lo que hará que aun buscado bajo este punto de vista, produzca el gran beneficio de inspirar piedad á las personas mas indiferentes. Bajo todos conceptos excede en mérito este precioso libro á cuantos devocionarios circulan hoy en España entre los fieles.»

Dicho se está con esto el valor de esta publicación, que escrita, como dice la señora Avellaneda, para su uso particular y respondiendo casi todas las oraciones á las necesidades de su espíritu, no ha hecho mas que aumentarlas para ofrecerlas á los cristianos.

Todos los cánticos religiosos están admirablemente interpretados en versos castellanos.

En prueba de ello permitan mis lectores que cite un fragmento del bellísimo canto que dedica al dulce nombre de María.

« ¡Nadie jamás á vuestro amparo agosto,  
 Inútilmente se acogió, Señora!

Vos escuchais al pecador y al justo;  
 Pues ningún hombre á vuestras plantas llora,  
 Y su esperanza ó su dolor os fia,  
 Que no halle en Vos clemencia,  
 Y ante la soberana omnipotencia  
 Derecho á la piedad. ¡Salve María!  
 ¡Salve cien veces, Madre poderosa  
 Del Redentor divino!  
 ¡Salve, oh, del cielo estrella luminosa,  
 Que la senda alumbráis del peregrino  
 Cuando se pierde en noche tempestuosa!  
 ¡Oh Reina! ¡Oh Madre! de mi humilde acento  
 No despreciéis la débil alabanza;  
 Que si á ensalzar no alcanza  
 Vuestra gloria, que asombra al pensamiento,  
 Nace del sentimiento  
 De un pecho agradecido  
 Que al fuerte impulso del amor que encierra,  
 Con vuestro nombre plácido y querido  
 Llenar quisiera la anchurosa tierra.»

La composición con que corona la señora Avellaneda su piadoso trabajo, es de gran interés, no solo por su método, sino porque revela la situación de su alma, el deseo vivísimo de consagrar su lira á cantar los misterios de la religión, á pedir á esta fuente inagotable de consuelo el que ha menester su alma después de una vida tan trabajada como la suya por el sufrimiento.  
 Hé aquí algunas estrofas de esta composición:

« Perdona si en mi error ciego,  
 Con el fuego  
 De los bardos de Israel  
 Osé encender torpé pira  
 Y á la lira  
 Ceñir profano laurel.  
 Perdona si de tus dones  
 Mis pasiones  
 Trocaron el santo fin,  
 Marchitando santas flores  
 Con vapores  
 De este mundano festin.  
 Y si el incienso sagrado  
 Destinado  
 Solo, mi Dios, á su altar,  
 En aras de deidad vana  
 Llegué insana  
 Alguna vez á quemar.  
 Perdona si los sonidos  
 Despedidos  
 Del arpa del corazón  
 Pidieron al vulgo necio  
 Bajo precio  
 De su elevada ambición;  
 Y si la ardiente armonía  
 Que debía  
 Buscar su autor inmortal  
 Lanzó el alma en su locura  
 Por la impura  
 Atmósfera mundanal,  
 Borra, tú, borra de la mente mía,  
 De aquel delirio la tenaz memoria,  
 Y sea ya mi eterna poesía  
 El himno santo de tu eterna gloria.»

No es posible reunir sentimientos tan delicados con frases tan correctas y bellísimas.

Ahora por obra y gracia de mi voluntad de cronista, voy á llevar á ustedes al teatro de Jovellanos, en donde se han estrenado dos obras, una póstuma de Ventura de la Vega, y otra titulada *la Última moda*.

Hablemos de la primera.

Una casualidad, que dicho sea de paso no debía serlo, ha hecho que los hijos del ilustre é inolvidable Ventura de la Vega encuentren entre sus papeles una parte acabada de un todo que debía ser á un tiempo la glorificación de Cervantes y la del pintor que tan admirablemente le interpretaba, una parte de la vida del autor del *Quijote*, que el autor del *Hombre de mundo* se proponía presentar en escena, para conseguir de este modo lo que las biografías, las notas y los comentarios no consiguen siempre, para que el público viera vivir y pensar al genio creador á quien España debe la mayor parte de su importancia literaria.

Dicho se está con esto el interés que inspiraría á todos los amantes de las letras tan precioso hallazgo, y desde luego merece gran elogio el entusiasmo con que la empresa acogió la obra póstuma, y el celo y el amor con que los actores se dispusieron á interpretarla, honrando una y otros la memoria del insigne poeta.

El genio es una facultad del alma que las impresiones de la vida despiertan, sostienen, desarrollan y engrandecen.

Ventura de la Vega no se ha propuesto únicamente decir al público: «Cervantes pasó su juventud en Alcalá; allí fué camarada del hijo natural de Carlos V,

del que mas tarde debía ilustrar su nombre; allí, perdidamente enamorado de doña Ana de Espeleta, vió nacer una hija de su amor, y estimulado por este lazo que la desigualdad de fortunas no podía estrechar para siempre, trocó las letras por las armas, y abandonó su casa para buscar gloria y fortuna luchando contra los turcos.»

Un biógrafo se hubiera contentado con recordar estos datos, interesantes sí, pero de un interés pasivo. Ventura de la Vega ha querido hacer mas, ha querido explicar la concepción del *Quijote*, y para ello, con consumada maestría, con verdadera inspiración y sin mas auxilio que el de algunas figuras, que el de algunos retratos de un admirable parecido, ha presentado toda una época, toda una sociedad, todo el espíritu de un pueblo.

Dado Cervantes y su época, era imposible que no se enriqueciese el mundo con el gran monumento literario que es, no solo la gloria de una nación, sino de la humanidad entera.

Pero después de admirar la profundidad del pensamiento, es necesario detenerse á contemplar con éxtasis la forma.

Felipe II ha ido á cazar á los bosques de Alcalá, y dos monteros, Bolaños y Pereira, el primero vera efigie del vulgo de aquel tiempo, el segundo representante de la época que acababa, de aquella época que supo condensar en su figura Carlos V, presentan á su modo, pero con una fuerza de colorido admirable, el espíritu de un período en el que al arrojado valor de un guerrero sucedía la fría y hábil diplomacia de un político.

Cervantes y Don Juan, su amigo, su camarada, van á cazar, los monteros los detienen, uno y otro muestran sus bríos, pero al saber que el rey está allí, cambian de tono, se refrenan y prueban lo arraigado del sentimiento monárquico, aun en los corazones menos á propósito para obedecer y respetar.

Don Juan quiere dejar las letras por las armas; la sangre que circula por sus venas no desmiente su origen; Cervantes, por su parte, siente en su alma el deseo de la gloria, los dos resuelven ir á luchar, se juran fraternal cariño, Miguel confía á Don Juan sus amores con doña Ana, y al ir á realizar sus planes, se presenta don Luis Quijada, y confía su origen á Don Juan.

En el segundo cuadro aparece en primer término la sombría y admirablemente modelada figura de Felipe II. La verdad de su fisonomía y la verdad de las de los que forman su acompañamiento, figuras también copiadas con felicísima inspiración del natural, dan una animación, una belleza, y sobre todo una maestría tan grande al cuadro, que renuncio á describirla.

Cuanto yo dijera sería un pálido reflejo de lo que allí aparece: esta obra se representará en todos los teatros, se imprimirá, y yo estoy seguro de que tendrá por espectadores y lectores á todos cuantos poseen un alma capaz de comprender y de sentir lo bello.

Es imposible nada mas acabado; con una frase revela un carácter: la paleta es riquísima; el pincel inspirado, y la composición tiene tal claro oscuro, que no hay nada comparable, dadas sus proporciones, á este precioso hallazgo, que lo repito, no ha debido estar perdido ni un solo instante. ¡Y el lenguaje!... Con decir que de cuando en cuando ha intercalado el escritor trozos del *Quijote*, y que su prosa al lado de la de Cervantes, parece escrita por una misma pluma, no es posible tributar mayor elogio á su mérito.

Digamos ahora algo de la *Última moda*.

Una breve reseña de esta comedia, probará á los lectores que no es ni mas ni menos que una página blanca en el gran libro de la literatura dramática.

Ernesto es un joven honrado, que vive de sus rentas en compañía de su esposa Elisa y de su madre política doña Claudia.

Madre é hija no tienen mas que un deseo, no viven mas que para un capricho, el de vestir á la *última moda*, con lo cual dicho se está que gastan un dineral y que para pagar su obediencia á los mandatos de la caprichosa edad, se ve obligado el complaciente esposo á vender primero una dehesa y después una viña.

Dadas las condiciones en que viven la esposa y la suegra de Ernesto, nada mas fácil que curarlas; porque allí no se ve nada que revele en su afición al lujo una pasión desordenada, mas bien una manía que desde el principio hasta el fin se presenta bajo la forma del mas cándido ridículo.

Llega en esto un amigo de la infancia del marido pagano, del marido víctima; y Jorge, que así se llama, enterándose de la situación de Ernesto, le aconseja que ponga coto á los gastos exorbitantes de su costilla.

Estimulado por la amistad, tiene una escena con Elisa, le recuerda su posición, los sacrificios que ha hecho para costear sus trajes, sus adornos, le anuncia que en lo sucesivo será preciso gastar menos, y la pobre, angustiada, no porque la fortuna de su esposo disminuye, sino porque le ofrece en vez de tres ó cuatro, un traje cada mes, llora como una Magdalena, y dice entre otras cosas que no la quiere su marido.

La mamá y la niña hablan, se conjuran contra los deseos del déspota, atribuyen á su amigo Jorge sus instigaciones en pró de la economía, y resuelven que el consejero abandone la casa.

Elisa ruega á su esposo que le despida, y con todo el mimo de que es capaz una mujer, añade que su exigencia es hija de un *antojo*.

Ernesto se entusiasma por esta confesión, y resuelto á complacer á Elisa, confía la desagradable misión de poner á Jorge de patitas en la calle á doña Claudia, pero advirtiéndole de paso que ha notado que su amigo la mira con buenos ojos.

Así las cosas, es necesario dar una lección á la esposa pródiga. Jorge se presenta á Elisa y manifestándole que conoce los apuros de Ernesto, siente que no le pida dinero; cosa extraña, aunque digna de aplauso, en un siglo en el que Pilades y Drestes solo existen esculpidos en mármol. A pesar de estas insinuaciones generosas, Elisa no traspasa los límites del deber; pero dice á Jorge que su madre tiene un crédito de 6,000 duros contra el gobierno, y el amigo se empeña en comprárselo á la par; segundo ejemplo de abnegación tan improbable como digno de elogio.

Esta proposición ya es otra cosa y Elisa no tiene inconveniente en ser intermediaria en el negocio; da cuenta de él á su mamá; la buena señora, que sabe que Jorge la mira con buenos ojos, se entusiasma, y la comedia, que marcha lenta y perezosa, se anima para convertirse en sainete.

Doña Claudia indica á Jorge que sabe que la ama, y le confiesa que está dispuesta á concederle su arrugada mano; una criada que lo oye y que, por haber recibido algunos regalillos del huésped, cree que le ha flechado, se lo disputa á su ama, y está á punto de armarse la de San Quintín.

Afortunadamente Jorge se marcha y cae el telón.

En el tercer acto la esposa y su madre necesitan dinero, y aunque han reñido con Jorge, aprovechando un viaje que debe hacer Ernesto, escriben al amigo rogándole que vaya á visitarlas. Acude á la cita, Elisa se retira, doña Claudia entabla las negociaciones, vuelve Ernesto, su amigo se esconde en el consabido gabinete, pregunta el marido á su esposa si durante su ausencia ha entrado alguien en su casa, respóndele que no, en esto se oye ruido en la habitación donde está Jorge, Ernesto le sorprende, Elisa comprende entonces lo horrible que es engañar á un esposo y lo perjudicial de vestir á la última moda, con lo cual y con la noticia que trae doña Claudia de que un caballero cuya esposa gastaba mucho en trajes se ha levantado la tapa de los sesos, acaba la comedia y queda dada la lección.

Están llamando mucho la atención las últimas composiciones de Zorrilla, que el popular poeta ha reunido y publicado recientemente con el título de el *Album de un loco*, el editor don Alonso Gullon.

La edición que ha hecho es digna del poeta; el libro, bajo el punto de vista tipográfico, es una de las mas perfectas obras que han salido de la acreditada imprenta de Rivadeneira; el papel es de toda etiqueta, y como el *Album de un loco*, reúne á estas circunstancias la de encerrar en sus hermosas páginas las últimas composiciones del poeta popular, la de completar sus obras, no hay quien no quiera poseer un ejemplar del libro.

No hace mucho que entró en una de las principales librerías de Madrid un hombre pobremente vestido y con todo el aspecto de un trabajador.

— ¿Tiene Vd. el *Album de un loco*, de Zorrilla? preguntó al dependiente.

— Sí, señor.

— ¿Cuánto es?

— Treinta reales.

— ¿Que no fuera uno rico! Y diga Vd., ¿no podríamos convenirnos, yo á dar á Vd. una peseta todas las semanas hasta pagar los 30 reales, y Vd. á dejarme el libro bajo fianza?

— No se acostumbra...

— Pues mire Vd., voy á hacer una locura... hoy he cobrado el salario de la semana, déme Vd. el *Album* en 20 reales y me lo llevo.

Gullon estaba allí, se enteró de lo que pasaba y cogiendo un ejemplar del estante:

— Tome Vd., buen hombre, le dijo, y guarde su dinero.

— ¿Me lo regala Vd.? preguntó asombrado.

— Sí, señor.

— Pues Dios se lo pague á Vd. y le dé mucha venta, añadió alejándose ebrio de alegría.

Los deseos del pobre se han realizado; á estas fechas se han vendido en España mas de 3,000 ejemplares del *Album de un loco*; lo que nada tiene de extraño, porque ¿quién no hace la locura tratándose de Zorrilla?

Voy á concluir recomendando á mis lectores para que se desternillen de risa, un libro que con el título de *Mentor de la niñez* acaba de publicarse en Barcelona.

Los siguientes renglones desiguales que envío como de muestra, y destinados por el autor á aconsejar á los niños lo que deben hacer cuando salgan á la calle, probará lo que indico.

Dice así:

« No te detengas  
En los corrillos,  
Ni busques nunca  
Los que son pillos;  
Que no te expongan  
Que hagas novillos;  
Que es una falta  
Aun en sencillos;  
Que desagrada,  
Quita los brillos  
Y la inocencia  
A los tontillos,  
Y la paciencia  
Con disgustillos,  
Que se ocasionan  
Con estribill  
Que de los padres

Son los cuchillos  
Que les traspasan  
Los tuetanillos,  
Por las costumbres  
Y los modillos  
Que así tú adquieres  
A piés juntillos,  
Y por el tiempo  
É instantillos  
Que van pasando  
Tan corridillos  
En que pudieras  
A ellos servillos... »

Estos y los demás versos del mismo autor han demostrado que falta en el Código penal un castigo para aquellos que atentan contra el sentido comun.

¿Se llenará este lamentable vacío?

JULIO NOMBELA.

Madrid 30 de abril de 1867.

### Poesías.

EN LA SENSIBLE Y TEMPRANA MUERTE DE LA EXCELENTE Y VIRTUOSA SEÑORITA DOÑA MARÍA DEL PILAR SEPÚLVEDA.

Sunt lacrimæ rerum...

VIRGILIO.

Tan cerca, tan unida  
Está al morir tu vida.

RIOJA.

### ELEGIA.

¿Qué fué del astro cuya dulce llama  
De alteza y de virtud era trofeo?

¿Por qué ¡oh dolor! no veo  
Su cara faz, que el hispalense aolama?

¡Ay! que eclipsado su esplendor divino,  
Ya no es envidia de la fresca aurora,  
Ni amparo del que llora,  
Ni oír del ave el melodioso trino.

Vivido *sol* que en el Oriente puro  
Radiante vieron con amor mis ojos;  
Y en pálidos despojos  
Míranlo ahora en el ocaso oscuro.

En negra tumba, pavorosa y fria  
Tanta belleza marchitada yace,  
Y solo el tierno *in pace*,  
Se oír al nacer y al espirar el día.

Tal es del hombre la vital jornada:  
Sombra fugace de ilusiones llena;  
Brilla un instante amena,  
Y al punto muestra su terrible nada.

Pena el mortal, y con afán suspira  
Por dulce calma á su dolor insano;  
Y nunca el pecho humano  
Goza la calma sino en triste pira.

¡Pilar murió! su angelical carrera  
Finó en el valle de pesar oscuro,  
Y al *inmortal seguro*  
Voló, cruzando la tendida esfera.

Voló, cual ave que regresa al nido  
Llevando limpia su nevada pluma,  
Y, clara cual la espuma,  
Busca al esposo sin cesar querido.

Que el apenado y proceloso mundo  
Un ángel puro de sin par valía,  
Abrigar no podía:  
Era pequeño á su anhelar profundo...

Mas ¡ay, que el alma á su recuerdo llora!  
Fué mi delicia en el amargo suelo,  
Y con amable anhelo  
Lloro, cual niño, al recordarlo ahora...

¡Ven, lira del dolor, ven á mis manos,  
Y, eco infelice del pesar que siento;  
Con lastimero acento  
Despierta compasión en los humanos!

Hiende atrevida la sublime altura;  
Llega al confin de claridad tesoro,  
Y al querube que lloro  
Díle que siempre en mi memoria dura.

¡Pilar querida! en tu sepulcro helado,  
Ardiendo en llama de dolor ferviente,  
Permite que doliente  
Llore anhelante, de vivir cansado...

¿Jamás tus ojos se abrirán al día?  
¿Nunca tu labio sin igual ventura,  
Con cética ternura,  
Podrá llevar á la existencia mía?

¿Y no he de verte? ¿Y en el hondo suelo,  
Por siempre lejos de tu faz divina,  
El alma peregrina  
No podrá hallar un punto de consuelo?...

¡Oh, muerte impía! Tu segur traidora  
De hieles llena, con feroz espanto,  
En sempiterno llanto  
Aleve trueca mi luciente aurora...

¡Huésped horrible del Averno, Impura!  
¿Por qué al segar la refulgente vida  
De mi flor mas querida  
No me tornaste á la nada oscura?

Y, ¿no resta siquiera una esperanza?  
Sí; que aun anima mi cristiano pecho  
Volar del valle estrecho  
A la eterna región de bienandanza...

Tú, que disfrutas de perenne gloria,  
Ruega al Eterno que jamás le ofenda;  
Y nunca ciegue de maldad la venda  
Al que solloza á tu inmortal memoria.

ANTONIO SANCHEZ S. DE MOGUEL.

### En el album de una bella alemana.

Me pides que un acorde  
Te dé mi lira;  
Tú, que del mundo vienes  
De la poesía:  
Tú, que aun recuerdas  
Los melodiosos cantos  
De tus praderas.

Como tú, peregrino  
Soy de este valle,  
Donde vivo cantando  
Como las aves.  
¡Triste cual ellas,  
Sin nido y sin amores,  
Solo en la tierra!

Ya de los sueños míos  
Huyó el encanto,  
Y á par con él huyeron  
Mis verdes años.  
¡Flores de un día  
Que hoy en ciprés trocadas  
Cubren mi lira!

Ya solo una ternura  
Guarda mi pecho,  
La que amistad me ofrece  
Con lazo tierno.  
¡Si tú la aceptas,  
Darás ventura al hombre,  
Gloria al poeta!

M. DEL PALACIO.

Los sucesos de Servia.

El 17 de abril último á las cuatro de la tarde, una flotilla de buques de vapor de la compañía del Danubio, empavesada con los colores tricolores nacionales, entraba en la rada de Belgrado, en medio de las aclamaciones de la muchedumbre. En primera línea se adelantaba el *Fernando-Max*, donde iban el príncipe Miguel y su escolta, y seguía el *Argo*, á cuyo bordo estaban los orfeones de Belgrado y sus cercanías.

El jóven soberano servio, que llevaba el gran cordon del Osmanié con la placa de brillantes que el sultan le entregó á su llegada á Constantinopla, apenas desembarcó, se vió rodeado de una muchedum-



SERVIA. — Evacuacion de la fortaleza de Belgrado por los turcos.

bre inmensa, que demostraba á su paso los mas vivos trasportes de alegría,

El dia siguiente, y en medio tambien de un gran gentío, el príncipe rodeado de su plana mayor y de los principales oficiales que mandan la guarnicion turca leyó á las tropas servias y musulmanas el firman en cuya virtud se decreta la entrega de la fortaleza.

Belgrado ha saludado con patrióticas fiestas el feliz desenlace de las negociaciones entabladas para completar la autonomia del pais.

Deseoso de que cada cual tuviera su parte en la satisfaccion general, el príncipe regaló al bajá una suma de cuarenta mil piastras, y á la guarnicion turca un mes de sueldo.

L. R.



Regreso del príncipe Miguel á Belgrado.



Funerales del segundo rey de Siam, en Bangkok, del 9 al 20 de febrero de 1867. El carro con la urna que contiene el cuerpo del Vangna

## Revista de Paris.

Esta semana se ha confirmado la gran noticia. La paz es cosa hecha. Los plenipotenciarios de las grandes potencias han concluido un tratado en Londres que arregla á gusto de las partes interesadas la ruidosa cuestion del Luxemburgo. Por consiguiente, á los rumores y preparativos de guerra han sucedido, en los periódicos de Paris, los programas de las fiestas con que se va á obsequiar á los soberanos extranjeros. Esta vez tenemos que señalar la llegada de la reina de Portugal y del rey y la reina de los belgas. Con este motivo se dan fiestas notables en Tullerías y en los ministerios, y se preparan otras en las embajadas: va á ser este un verano como no ha habido otro, abundantísimo en novedades para la crónica parisiense.

Y sin embargo de esto ¿quién lo creería? Aun hay pesimistas que se obstinan en ver la guerra, y nada mas que la guerra en perspectiva. Dicen que si no ha estallado inmediatamente, como se pensaba, estallará en un porvenir próximo, y dominados por esta idea fija, no prestan atención sino á las novedades que nos ofrecen continuamente los descubridores de máquinas de guerra. No hay para qué decir que estos descubrimientos son á cual mas terribles.

Estos últimos días se ha hablado mucho de unas experiencias que han tenido efecto en Vincennes á presencia del emperador y del príncipe Oscar de Suecia, con los nuevos fusiles Chassepot, arma que, como es sabido, deben recibir sucesivamente todos los regimientos franceses.

A consecuencia de órdenes comunicadas anticipadamente, el batallón de cazadores de infantería de la guardia salió de su cuartel de Paris á las once de la mañana en direccion al campo del tiro situado en las cercanías del fuerte, en el cual se presentaron poco despues el mariscal Regnault de Saint-Jean-d'Angely, y Bourbaki y Brincourt. A las dos llegó la comitiva imperial, y el fuego empezó luego de haber el emperador bajado del coche. El batallón se situó á seiscientos varas del blanco, y los resultados obtenidos fueron verdaderamente extraordinarios.

El periódico el *Figaro* refiere de este modo el éxito de la experiencia:

« A los dos minutos exactos de fuego el corneta tocó alto, y entonces se vió que el batallón, con una fuerza de 500 plazas, habia disparado 8,000 tiros, de los cuales 1,992 habian dado en la línea que servia de blanco. Sin embargo, algunas de las personas presentes aseguraron que los ensayos practicados en Chalons y Satory habian sido mas satisfactorios, atribuyendo esta diferencia desfavorable á la emocion que seguramente experimentaban los soldados haciendo fuego por primera vez delante de S. M. Todo el terreno de enfrente del blanco y á corta distancia de él estaba tan acribillado á balazos que no habia quedado una sola yerba. El emperador dejó oír una exclamacion que pinta de una manera gráfica el resultado:

» — ¡Esto es horrible! dijo; ¡es una verdadera carnicería!

» El batallón repitió diferentes veces la misma operacion aumentando las distancias hasta 1,000 varas. Todo el tiempo que duraron los ensayos, el emperador se mantuvo en medio de los soldados haciéndoles preguntas tocante á su experiencia en el uso del arma, á la superioridad de esta sobre los fusiles antiguos y al retroceso que todos declararon ser insignificante. El emperador disparó un tiro para juzgar del efecto por sí propio, y despues mandó á los soldados que cargasen é hiciesen fuego como antes.

» A las tres y cuarto el emperador, despues de manifestar lo satisfecho que quedaba, se retiró en medio de las aclamaciones de los soldados y regresó á Paris en compañía del príncipe Oscar. El batallón volvió tambien á su cuartel altamente complacido por los elogios que habia merecido en el ensayo.»

Pero esto del fusil Chassepot es un juego de niños comparado con otras invenciones. Un periódico alemán, el *Wiener Abendpost*, dice que los franceses han ideado un nuevo instrumento de guerra cuyos efectos destructores son increíbles. La fuerza que obra en este famoso instrumento no puede ser otra que aquella que tuvo á su disposicion David para acabar con el gigante Goliath mediante algunas piedras. Esta fuerza, que los físicos llaman centrífuga, se halla en razon directa de la masa del proyectil y del cuadrado de la velocidad de rotacion y en razon inversa del radio de curvatura del disco.

El citado diario añade:

« No es difícil hallar el secreto de la construction de una máquina movida por hombres ó por el vapor que arroje balas en razon de la fuerza centrífuga. Basta imprimir un movimiento rápido á un disco hueco que se mueva horizontalmente y en cuyo interior se echan los proyectiles por arriba. En la pared de circunferencia del disco se practican varias aberturas correspondientes al grueso de los proyectiles; por estas aberturas se escaparían las balas en cuanto hubiesen adquirido bastante fuerza centrífuga en razon de la rotacion del disco y que se hubiese abierto una especie de válvula; pasarían por un tubo adaptado á la circunferencia, y de ahí saldrían á pegar en el blanco. Aumentando la velocidad de rotacion, se puede aumentar hasta lo infinito la fuerza centrífuga, y bajo este concepto, fácil es comprender los destructores efectos de semejante máquina de guerra.»

Mas esto no es nada aun: la imaginacion de un químico marsellés ha producido un *fuego griego* que va á hacer inútiles todos los fusiles de aguja.

En la noticia que da sobre las aplicaciones de que es susceptible este fuego griego, declara y se dice dispuesto á demostrar que á 1,000 metros de distancia puede envolver á un ejército de cien mil hombres en un mar de llamas, y esto en menos de cinco minutos.

Si se trata de tomar una plaza por asalto, prende fuego á la fortaleza en algunos minutos.

Si se trata de un combate naval, el intrépido marsellés llega inmediatamente al abordaje, y en quince segundos cubre toda la superficie del puente de un buque con un torrente de llamas que abrasa la arboladura, se introduce en la bodega y asfixia instantáneamente á la tripulacion.

Por último, si se trata de un puerto de mar, nuestro hombre incendia el puerto, la ciudad y los arsenales á la distancia del tiro de cañon y con la rapidez de la flecha.

Gracias á tales medios, dice el marsellés, ya no hay guerra posible; y ciertamente podria ser así si el invento en cuestion no se resintiera de su origen.

Pero dejemos ya este capítulo de gran actualidad para ocuparnos del resultado del concurso de poesia abierto en Paris para suministrar á los compositores de música franceses y extranjeros dos composiciones tituladas: *Cantata de la Exposicion é Himno de la Paz*, destinadas á celebrar la Exposicion de 1867 y la paz que asegura su buen éxito.

La Comision imperial ha recibido las composiciones siguientes: 630 himnos, 222 cantatas, y 84 piezas que no llenaron las condiciones del programa. Total de los envios: 936. Cuando se dice que en Francia hay apenas una docena de poetas, contando por largo, ¡cuán lejos se está pues de la verdad!

Habiendo habido empate relativamente al Himno de la Paz, la Comision creyó conveniente repartir el premio, y en su consecuencia se ha dado una medalla de oro de 500 francos á M. F. Coppée y otra igual á M. G. Chouquet. Además se ha concedido una medalla de oro de 1,000 francos á M. Romain Rolland hijo, autor de una composicion titulada: *las Bodas de Prometeo* (cantata de la Exposicion).

Por último, el Comité se ha reservado una decision ulterior relativamente al premio de 5,000 francos que debe conceder al poeta cuyo himno llene las condiciones de popularidad indicadas en el programa.

Ahora les toca á los compositores.

El domingo último se ha inaugurado en San German un nuevo museo instalado en el magnífico palacio de esta localidad, tan favorecida por la sociedad elegante de Paris durante el estío. El emperador, con un numeroso séquito, hizo esta inauguracion, á la que habia acudido un concurso de gente extraordinario, no obstante lo desapacible de la temperatura.

Este nuevo museo, llamado galo-romano, contiene colecciones de un valor inapreciable para los arqueólogos.

En la primera sala están los productos de los aluviones cuaternarios, esto es, las colecciones de sílex trabajadas que se hallan con los huesos de los animales cuyas especies son desconocidas. Entre estos objetos se distingue una serie de armas de sílex, regalada al emperador por el rey de Dinamarca.

La segunda sala está consagrada á los monumentos sepulcrales megalíticos. Aquí comienza á despuntar ya la civilizacion, la industria del hombre se desarrolla; se ve que ya sabe pulimentar la piedra y hacer con ella una arma. Además, con barro secado al sol inventa la alfarería, y con la espina de un pez se fabrica una aguja.

Un Dolmen (monumento druidico), aunque en proporciones reducidas, ocupa la tercera sala.

En la cuarta hay inscripciones galas y medallas.

Pero no se ha concluido aun la edad de piedra, pues subiéndolo al segundo piso volvemos á encontrar armas de sílex, dardos y cuchillo de hueso, de concha, de espigas de pescado y de maderas duras.

En la galeria contigua aparece la edad de bronce: collares, hachas huecas, anchos puñales; son los utensilios mas humildes de la vida doméstica. Aquí se ven fragmentos de vestidos, objetos menudos de tocador y hasta muestras de la alimentacion humana conservadas como por milagro: granos de trigo, de cebada, de mijo; avellanas que tienen mas de tres siglos.

Los tiempos se adelantan y el hombre perfecciona la industria en todos los ramos, hasta que por fin venimos á encontrar las obras de pueblos que nos son bien conocidos. En suma, es un museo tan curioso como interesante.

En los últimos años, cuando la prensa de todos los paises señalaba las incomodidades y los accidentes á que daba lugar la exagerada crinolina ó miriñaque, que por fin ha desaparecido casi por completo de las actuales modas, se estaba sin duda muy lejos de sospechar que vendria otra moda no menos perniciosa, á lo que parece, para el mantenimiento del sosiego entre los ciudadanos.

Esta novedad, que ha dado margen á la tentativa desesperada que vamos á referir á continuacion, es el cabello postizo, ese rodete descomunal con que en el dia creen engalanarse las parisienses.

El lance ha tenido efecto en uno de los squares mas concurridos de Paris, el llamado de Artes y Oficios, entre dos criaturas, una niña de doce años y un joven de trece.

Este último, llamado Julio, atravesaba dias pasados el jardín en cuestion, cuando se encontró con Valentina.

— ¡Qué bien peinada estás! la dijo; veo que sigues las modas á la Benoiton.

— ¿Y á tí qué te importa?

— Nada en verdad; pero lo digo porque me da lástima que no sea tuyo ese magnífico rodete de pelo negro que llevas encima.

— Eres un deslenguado, replicó Valentina; ya quisieras tú tener un cabello como el mio.

— Vaya, vaya, á otro con ese cuento, prosiguió Julio con ironía: ¿no te da vergüenza llevar pelo postizo á tu edad? Sin embargo, no me parece que estemos en carnaval.

— Te repito que no es cabello postizo.

— Pues yo digo que sí.

— Pues no es verdad.

— Si quieres convencerte, ahí tienes la prueba.

Y Julio echa mano al rodete, le arranca de la cabeza de Valentina y le tira al suelo.

— Recoge tu peluca.

Y se reía.

Pero Valentina, lejos de reirse, se puso pálida de rabia, y luego sacando un cuchillito de su bolsillo acomete á Julio, que herido en el pecho y viendo correr su sangre pierde el conocimiento.

En tanto que Valentina, presa y desarmada, se ve en la precision de seguir á los agentes de policia, llevan á Julio á casa de un boticario, donde no tarda en recobrar el uso de sus facultades: su herida no parece grave.

Valentina tendrá que responder ante la justicia de su tentativa de asesinato.

— Me alegraré que haya muerto, decia; ¿por qué me ha arrancado mi rodete?

Los teatros de Paris continúan engolfados en el drama. Las producciones mas acentuadas de la escuela romántica, los melodramas mas terroríficos de los tiempos en que brillaban en el teatro Victor Hugo, Federico Soulié, Alejandro Dumas, etc., todo esto sale á relucir ahora con motivo de la Exposicion universal, lo mismo que si los extranjeros que llegan á Paris tuviesen dadas pruebas de que no les gusta nada en el teatro fuera del género horripilante. Sabido es que estos dramas, sobre todo los de autores de segundo orden, parecen vaciados en un mismo molde, en el molde que tan bien describe el célebre crítico Fiorentino en su libro titulado *Comedias y cómicos*. Hé aquí los rasgos principales del cuadro.

El protagonista se ha de escoger en las clases populares, y cuanto mas humilde sea su condicion y mas modesto su estado, tanto mayor será el efecto que producirá en los espectadores.

Debe tener todas las buenas prendas imaginables y todas las virtudes, sin que le falte ninguna.

Será un hombre bueno, generoso, valiente, sencillo, franco, sobrio, suave como un cordero, y fuerte como un leon.

La viuda y el huérfano no tendrán protector mas poderoso ni desinteresado que él.

Será padre, ó abuelo, ó tío, ó tutor de una niña de tres á seis años, que mecerá en su cuna con un cariño entrañable, y á quien hará decir una corta plegaria en el tercer acto. Esto es esencial: no hay buen melodrama sin plegaria y sin niña de seis años.

Por otra parte, se imaginará un bribon de tomo y lomo, el hombre mas cobarde, mas falso, mas traidor y malvado del mundo.

Este personaje figurará en las clases mas altas de la sociedad con el título de conde ó marqués (caballero es lo menos), siendo descendiente de una raza ilustre, aunque degenerado, envilecido, sin honra, sin dinero, y para remate de fiesta acribillado de deudas.

Este individuo despues de haber causado la muerte de sus padres á fuerza de disgustos, despues de haber llenado de amargura á su familia y amigos, despues de haber falsificado testamentos y fees de bautismo, robado papeles preciosos de un cofrecillo de secreto, y perseguido á una joven que no le ama y que ama á otro; despues de mil impiedades, mil infamias, mil burlas (pues el desdichado tiene aun valor para reirse), está á punto de lograr lo que desea; se va á casar con la joven así que haya asesinado á su rival, va á despojar á la huérfana y á apoderarse de sus bienes, que son considerables, cuando se encuentra frente á frente con el traperero, carretero, zapatero ó saltimbanqui, que es el héroe del drama, quien le dice:

— ¡Ahora nos veremos las caras!

Imposible es imaginarse el efecto de este: — ¡Ahora nos veremos las caras! cuando la escena se ha preparado convenientemente. Esto quiere decir:

— ¡Bribon, canalla, salteador de camino real, te has burlado de Dios y de los hombres, y de una pobre niña inocente que yo he tenido en mis brazos! ¡Creeias que ya estaban en tu bolsillo las llaves del arca y te ponias ya el frac negro para llevar á tu víctima al altar!... Pero te habias olvidado de la justicia divina y del celador de barrio que haria muchos melodramas imposibles si se dignase aparecer en el desenlace... ¡Nos veremos las caras, miserable!... Voy á aplastarte debajo de las tachuelas de mi zapato... ó mejor dicho, te perdono, no quiero manchar mis manos. Toma esta pistola cargada y anda lejos de aquí á levantarte la tapa de los sesos.

Hé ahí el melodrama tipo del cual son engendros, si no abortos, los que hoy se representan en los teatros de Paris con motivo de la Exposicion universal de 1867.

MARIANO URRABIETA.

## Cuentas equivocadas.

Hé aquí un artículo que pudiera ser novela.

No lo digo por la verdad de su fondo, que desde ahora os aseguro que no es invención ni fábula, sino realidad histórica, lo digo porque el hecho, tal como ha sucedido, es novelesco, y ya sabéis que ha dicho seriamente Edgard Poe que muchas veces la fábula no alcanza en rarezas adonde alcanza la verdad misma.

Un amigo íntimo mío, á quien yo suplicaba un artículo para un periódico, trazó sobre el papel el siguiente que decía era hijo de sus convicciones y que, como vereis, dedicaba á las lectoras. Dice así:

« Hé aquí, bellas lectoras, un hombre que va á tener mañana un hueso mas; no os alarméis: la cosa es inocente; segun me ha dicho un naturalista tengo hoy veinte y cuatro costillas, entre falsas y verdaderas, y mañana por la noche tendré veinte y cinco; añaden esa parte alicuota á mi esqueleto; es decir ¡me caso! Aun no he podido averiguar si esa parte que se adiciona á mi presupuesto general de materias calizas, si esa nueva costilla que viene á engrosar mi coleccion anatómica, será de las primeras ó de las segundas, se colocará entre los cinco pares inferiores, ó los siete superiores; verdad es que esto nunca se ha averiguado hasta despues.

¡Conque me caso! ¿Y qué voy yo ganando en semejante operacion? La época de hoy es mercantil, y todo debe sujetarse á cálculos aritméticos; así pues, vamos á cuentas.

Yo poseo un capital que se conserva hasta que se pierde; y para no tener que llamar á Perogrullo en nuestro auxilio, explicaré este concepto; es un capital que no se desmorona, que se conserva intacto, salvo error, desde que abrimos los ojos á la luz hasta que la religion y la sociedad nos lo arrebatan; un capital que puede por sí solo levantar fortunas, impulsar genios, acometer imposibles y cuajar de rosadas esperanzas un horizonte vastísimo; poseo, en fin, la libertad en esencia, no la libertad *música* de los partidos, sino la verdadera libertad del hombre; esto es, yo soy soltero.

Mirando desde esta elevada cúspide á las profundidades del matrimonio, veamos qué tal es la escala por donde hemos de bajar; qué ganamos en esa expedicion subterránea y qué bienes habremos de abandonar en la elevada mansion que poseamos.

¡Ay! ¡Ilusiones caras mías! ¿A dónde ireis? Ambicion, gloria, esperanza, amor al arte, poesia ¡Dios os haya perdonado! moris sin remedio. ¿Cómo habeis de encontrar espacio á vuestras alas y trono á vuestra grandeza en un pequeño hombre que dentro de ocho dias sabrá cómo se condimenta el puchero, y á cómo vale la libra de patatas, y que antes de un año pensando piadosamente, se hallará en traje ligero, á las dos de la madrugada, paseo arriba, paseo abajo en el fondo de un dormitorio, tratando de acallar á una criaturita que condensa allí en un momento para su papá toda la música de Verdi que tanto ha odiado en sus pasiones filarmónicas?

¡Oh! si por desventura acertais á cruzar en aquellos momentos por donde pueda escucharos, huid silenciosas, ilusiones caras mías, no me mortifiqueis con el recuerdo de vuestras dulzuras y dejadme tranquilo y sosegado en el seno de las delicias conyugales.

Pero detallemos la operacion; entremos en la suma y en la resta; ea, vamos á ver, lectoras, si me tiene cuenta el negocio de mañana.

La vida se ofrece al hombre en dos manifestaciones; necesidades y caprichos; que muchas veces vienen tambien á constituir necesidades. Respecto de las primeras comprendereis bien que se pueden realizar todas, absolutamente todas, siendo soltero; si hay alguna que solo se pueda realizar siendo casado, protesto desde ahora que no es una necesidad. Respecto de los segundos ¡qué pocos entran como admisibles en el reglamento interior de la vida del matrimonio!

Pues bien, figuraos que yo soy un hombre tal como os lo va á describir mi pluma; me parece que el pintor tiene motivos para sacar bien la copia. Mi parte física no os interesa, si quereis conocerla pedidme mi retrato; voy á la parte psíquica, esto no lo entenderéis (yo tampoco), quiero decir lo que se refiere á la naturaleza de mi alma y aun añadiré á las costumbres de mi cuerpo, que como dicen, son otra segunda naturaleza.

Tengo la desventura de ser aficionado á tres cosas: el arte, la libertad y las mujeres. Id atando cabos.

Por el arte me paso todas las mañanas en el Museo de pinturas admirando sin cesar á Rafael, á Murillo, á Velazquez, á Rubens, al Ticiano y á tantos otros ante cuyas obras inmortales pasan los siglos depositando cada uno su laurel; pero esto me obliga á estar toda la mañana fuera de mi casa, y mi esposa no me consentirá ¡no me consentirá! que empiece el dia robándole horas á su cariño y gastando en mirar un triste lienzo todo el entusiasmo que deberia reservar para su amor. Primera quiebra.

Por el arte me paso todas las tardes conversando con Espronceda ó con Quintana, con Shakspeare ó con Byron; con Lamartine ó con Victor Hugo, y claro es, ¿cómo he de recibir con buena cara á mi señora cuando venga en esos momentos á decirme que hay que sustituir el carbon de leña con el cok, y que la criada ha roto la jícara en que yo me tomaba el chocolate? ¡Por Dios, señora!

Por el arte me paso todas las noches en el Teatro Real, escuchando, sobre poco mas ó menos, las melo-

días de Bellini ó las gigantescas concepciones de Meyerbeer, y cuando Dios queria, en los teatros *de verso* contemplando tal cual brillo fugaz de la musa cotizable del siglo diez y nueve; mas esto me obliga á permanecer fuera de casa hasta las tantas de la noche, y mi pobre esposa, si no es diletanti ¿se ha de estar sola esperando la retrasada hora de mi regreso? Y si es aficionada, ó la aficiono, ¿he de llevarla conmigo todas las noches á los teatros? ¿Y he de entrarla despues á que se reuna á última hora con mis amigos de *la Iberia*? Esto, á primera vista, salta erizado de inconvenientes.

Decididamente, ó dejo el arte ó no me caso.

Pero soy tambien *aficionado* á la libertad. Poco á poco; repito que no me refiero á la libertad política; ¿quién se acuerda hoy de semejante cosa? Eso de libertades políticas fué una aberracion de nuestros abuelos de Cádiz, plagio ya de nuestros casi paisanos del otro lado del Pirineo, que se proponian seguir las malas costumbres de sus enemigos de mas allá del Canal, los que á su vez eran una especie de copistas de Washington, quien se empeñó en imitar la ferocidad de los Scévolas y Gracos, que habian aprendido su leccion de memoria en Atenas y en Esparta. Por lo demás ¿quién se ha ocupado nunca en el mundo de ser libre?

Así pues, hablo de la libertad doméstica.

¡Qué gran cosa es la libertad doméstica! En primer lugar yo no siento el dolor de ver morir el tiempo, porque apenas uso reloj; y entre las varias razones porque no le uso es una de ellas porque no le necesito; me levanto cuando me despierto ó cuando me parece; salgo ó no salgo; cómo, cuando tengo apetito, en mi casa ó en otra parte; y vuélvome á dormir... cuando tengo sueño, ó cuando me da el capricho de venir á reposar sosegado al calor de mi propio individuo. Es mas; no me cito con nadie á una hora fija: seria inútil; yo no entiendo de horas, esas escamas del tiempo; no veo en mi camino mas que dos divisiones: luz y sombra, y me dan lo mismo. Una vez tuvieron la desatencion de citarme para un asunto judicial á las dos de la tarde en la Audiencia de Madrid; era un negocio que me importaba mucho, y para no dejar de asistir, me fui con intencion de llegar temprano; en efecto, por lo que me dijeron debí llegar á la Audiencia á las nueve de la mañana; llevaba un libro, es mi costumbre; púseme á leer en una sala donde me dijeron que podia esperar, y leyendo leyendo se me pasó la hora; de modo que cuando me echaron de allí, sin haber hecho la diligencia, eran las cuatro de la tarde. Confieso que el reloj me hubiese ahorrado este contratiempo. Pero en cambio hubiera puesto una cortapisa á mi voluntad y esa idea me horripila.

Pues bien, cásese Vd. Desde el primer instante habré de renunciar á toda mi libérrima autonomia y sujetarme á este mecanismo humano en que á toque de campana se come, se duerme y se pasea. Siempre lo mismo, monótono, igual, acompasado, insoportable. A los pocos seres que protestan se les tiene por locos ó extraviados. Pero ¿qué importa? Siempre los pocos fueron los mejores.

Mi tercera aficion es á las mujeres.

Espero que aunque la haya puesto la tercera no me tachareis de inverosímil. ¡Las mujeres! ¡Pues tengo buena aficion para casado! Y sin embargo, tal es la verdad, sois mi dulce manía; no comprendo el vivir sin vuestros ojos, sin vuestros labios, sin vuestra hermosura; todo reunido, para poder decir: sin vosotras. He perdido muchas noches de mis aficiones artísticas solo por ir á veros, á oiros, á aspiraros. Si pienso en el amor, sois mi ídolo; si en el arte, mi ideal.

Formad en vuestra imaginacion, ya que en la realidad no es posible, el siguiente cuadro: lo mas sublime de la naturaleza: el relámpago, el sol, el iris; lo mas sublime del universo: el mar, el volcan, la catarata, el desierto; lo mas sublime de la humanidad, lo que han ejecutado estas figuras: Moisés, Sócrates, Colon, Homero, Virgilio, Dante, Shakspeare, Victor Hugo, Miguel Angel, Rafael, Murillo, Meyerbeer y Rossini; reunid todas las sublimidades; haced ese cuadro, y despues dé hecho os lo regalo si me dais una mujer hermosa.

— ¡Pues entonces!... me dais.

Ya; es que aun os la regalo tambien... si me dais dos.

Solamente las renuncio todas si me dais lo mas sublime de la vida: una madre.

Los que ia tengan no apreciarán esta verdad, que solo se siente cuando nuestros ojos, preñados de lágrimas, buscan en vano una existencia inolvidable tras la losa de un sepulcro.

Ahora bien, volviendo á nuestro tema, ¿cómo ha de consentir mi cara mitad que yo, siguiendo mis aficiones, me consagre á vuestro culto? Mi pobre cara mitad habria de ser ó victima ó verdugo; ó habria de ofrecerme una resignacion y un sufrimiento sin límites, ó habria de obligarme á penetrar en mi casa con mas miedo que el que huye de un acreedor por temor de encontrarme un othello femenino. No; esta aficion es antimatrimonial.

¿Con que es decir, lectoras, que de las cuentas sacamos en claro que para obrar como buen marido no puedo ser ni artista, ni libre, ni galante? ¡Voto á!...

Y así es; el hombre que se casa no debe ser mas que marido. Si vive absorbido por las artes, si está preocupado por la política, si se agita en el revuelto oleaje de la fantasia ó de los placeres, corre el peligro de hacer una esposa mártir, y aun corre otros peligros mayores.

Visto, pues, el resultado de las cuentas, bellisimas lectoras, me arrepiento, no verifico el negocio de mañana, estoy resuelto, no me caso.

Ahora, jóvenes amables, ¿os parece mal el retrato de mi persona? Pues advertid que aunque está algo recargado de tintas, el autor despues de hacerle ha reconocido en él el retrato de muchos hombres.

Así terminaba mi amigo el relato de sus convicciones. Pues bien, ¿quereis saber lo que ocurrió? No al dia siguiente, pero á los dos meses escasos entraba mi amigo en la Vicaría, entraba despues en el Templo y salia de él luego orgulloso, henchido de felicidad, extasiado, ante la mirada casta de una esposa bellísima y modelo de virtudes, que un ministro de Dios acababa de concederle al pié del altar y mediante la santidad de un juramento.

Toda su autonomia, su altivez y sus ansias de libertad no le habian bastado para su defensa; evidentemente la mariposa se habia quemado en la llama.

Hace de esto mas de un año, cuando en uno de los dias anteriores me ha sorprendido la siguiente carta, escrita de su mismo puño y letra:

« Hoy te escribo, mi caro Rafael, para hacerte participe de mi felicidad, ya que lo fuiste en otro tiempo de mis horas de amargura. Mi esposa está segunda vez en cinta; hemos tenido un hijo segun eran nuestros deseos; ¡si ahora el cielo nos concediese una niña!... Ya sabes que este es el sueño de oro de todos los recién casados.

¿Recuerdas, chico, los propósitos que yo te describia en un artículo que me pediste y que pensé titular « mis convicciones? » ¡Cuán equivocado estaba! Todos los obstáculos, todas las dificultades que yo encontraba en el matrimonio eran creaciones de mi propia fantasia; eran consecuencia de mi vida un poco desordenada; porque la verdad, yo nunca fui libertino, pero sí un hombre dado enteramente á las goces de la imaginacion, que suelen estar al borde del libertinaje.

El matrimonio no me estorba para ninguno de mis quehaceres, ni me quita mis aficiones, salvo la última, que sustituye con gran ventaja; al contrario, me anima y me estimula. Nunca he leído los poetas, ni he estudiado las artes, ni he cogido la pluma con tanto gusto y resultado como ahora que tengo el alma bien templada por sanos y puros sentimientos. Y por lo demás cree firmemente que no hay poesia de mas encanto que la de las escenas de la familia, ni mas hermosa libertad que la de ser esclavo de la mujer á quien se adora.

Acaso me digas que soy parcial y que discurro preocupado; pero te haré para prevenirme una sola observacion: en el tiempo aquel en que yo vivia libre, dueño de mí, sin mas guia que mi capricho, con tan variadas distracciones y creyéndome poseedor por todo ello de la suma felicidad, vivia casi siempre triste, melancólico, de mal humor, fastidiado. ¿Lo recuerdas? Observa á casi todos los que se entregan á los goces de la imaginacion, los que viven de la fantasia, y los verás lo mismo; la indisplicencia y el disgusto son su carácter. ¿No es esto raro? Parece que al sublimarse el espíritu, dedicándose á estudiar las obras de los hombres, ó á producir otras nuevas, le aqueja continuamente el dolor y el desaliento por no ver realizado en la práctica su ideal. Pues bien, mirame ahora; me he puesto gordo; me tienes siempre de buen humor y mas dispuesto al elogio que á la censura; soy mas tolerante y mas justo; he desechado mi tendencia pesimista, tan comun entre las gentes que cito, que me hacia tener por malas obras buenas y despreciar en las segundas detalles maravillosos; en fin, chico, creo que sin hacerme cándido he adquirido parte de esa *bonhomie* que es de un valor inmenso para los goces del alma.

Conque, amigo Rafael, cástate y cástate pronto.

Y ahora pregunto yo: lectoras, ¿qué os parece? Ya veis cómo un joven extraviado vuelve al redil en empuñándoos vosotras. Para conseguirlo, no hay mas que un medio: ser virtuosas y amantes. Ante una mujer de estas prendas no hay hombre que se resista; el bueno no se extravía, y el extraviado vuelve, no lo dudeis. De mí puedo modestamente aseguraros que soy de los de la primera especie y que estoy dispuesto á cumplir en la primera ocasion el precepto de mi amigo.

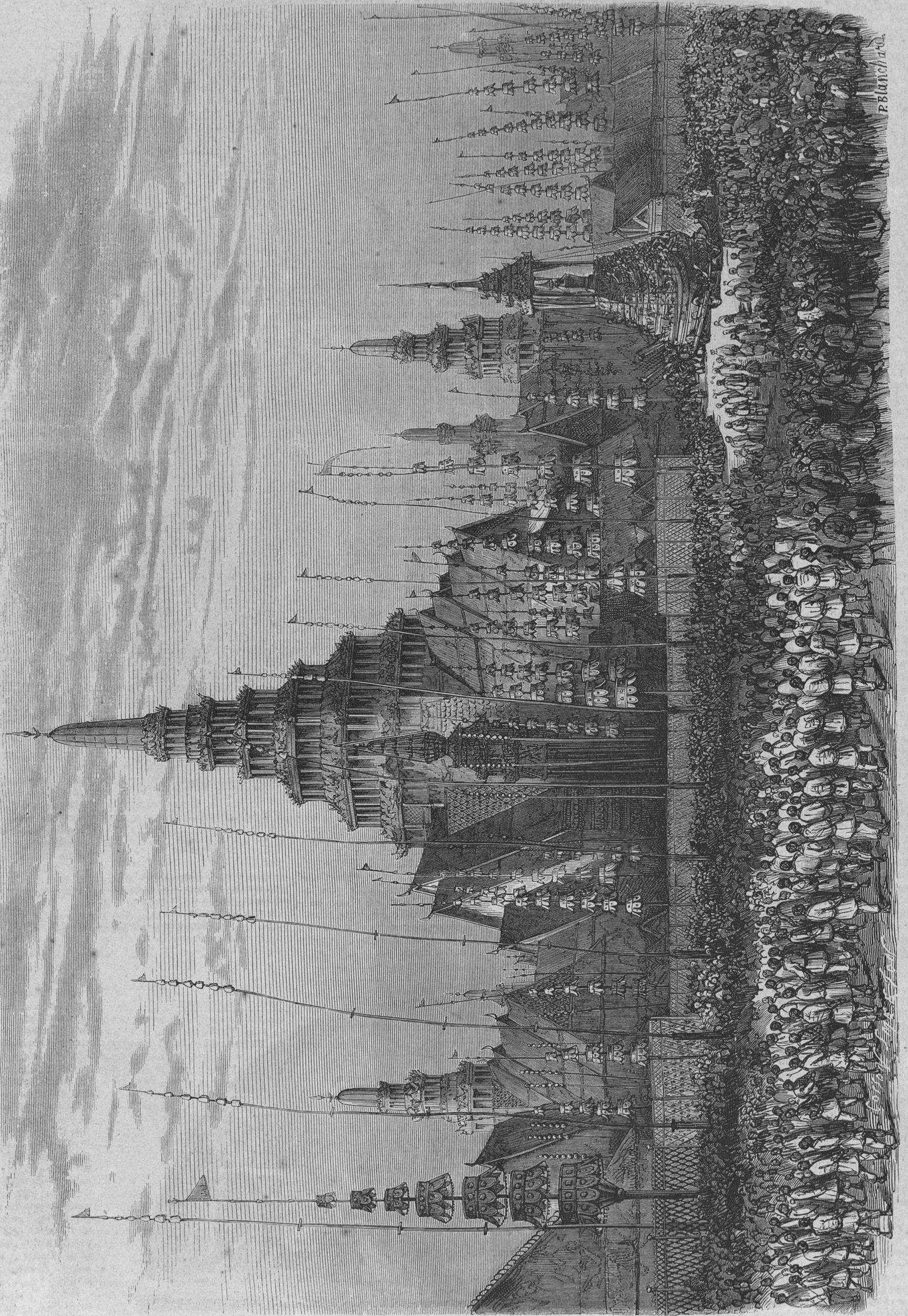
RAFAEL SERRANO ALCÁZAR.

## Funerales del segundo rey de Siam

Phra-bat-Somdet, Phra-Paramender, Ramaisz, Mahaisvaresa, Ransarga, Phra-Pin-Klao-Chao, You Houa.

Con motivo de los funerales de S. M. el segundo rey de Siam, llamado vulgarmente *Vangna*, que falleció el 7 de enero de 1866, ha habido en Bangkok interesantísimas ceremonias. Todo el año que ha transcurrido desde la muerte de S. M., se habia empleado en preparar el monumento fúnebre, *Phra-Men*, donde las llamas debian consumir sus despojos mortales, segun los usos consagrados por una tradicion que remonta á la mas alta antigüedad. Aunque toda la poblacion trabajadora se embargó para llevar á cabo esta obra extraordinaria, y aunque el rey en persona fué diariamente á animar á los operarios con su presencia, lo cierto es que el edificio apenas se hallaba terminado á principios del mes de febrero, época prefijada para las exequias.

Este prodigioso monumento se elevaba en el centro de una gran plaza situada entre los palacios del primero y el segundo rey. Representaba una inmensa pagoda,



P. Blanc/arc.

Funerales del segundo rey de Siam. — El Phra-Men, monumento elevado para quemar el cuerpo del Vangna

de cuádruple fachada, con muchos techos sobrepuestos, coronada con una flecha elegantemente trabajada, que se elevaba á una altura de 130 metros. Ocho campanarios del mismo estilo que la flecha, y de cincuenta á sesenta metros de altura, adornaban el recinto cuadrilátero que encerraba el templo. En los cuatro puntos cardinales de este recinto, habia puertas correspondientes á las caras del pabellon central.

Las columnas, armaron y techumbre de todas las partes del edificio, estaban cubiertas de chapas de metal plateadas ó doradas. En las galerias interiores habian dispuesto figuras de madera y de carton doradas, representando gigantes, ángeles, animales fabulosos y monstruos de toda especie. De distancia en distancia, tanto fuera como dentro del recinto, se levantaban banderas y quitasoles de siete y nueve pisos, que producian un maravilloso efecto de conjunto.

Además de los sitios para una docena de teatros, habian construido en derredor de la plaza habitaciones provisionales para los principes de la familia real, los altos mandarines y la familia del segundo rey, pues el uso quiere que permanezcan allí dia y noche mientras duran las fúnebres ceremonias. Como se habia anunciado en una circular del rey, estas ceremonias principiaron el 9 de febrero y continuaron durante once dias y once noches.

El 10 de febrero á las seis de la tarde, la urna que contenia el cuerpo del Vangna fué llevada procesionalmente de su palacio á la orilla del rio, y á su desembarque fué recibida por el rey, que se hallaba rodeado de sus hijos y su corte. Vestia un espléndido traje, y tenia en la cabeza la corona grande de Siam.

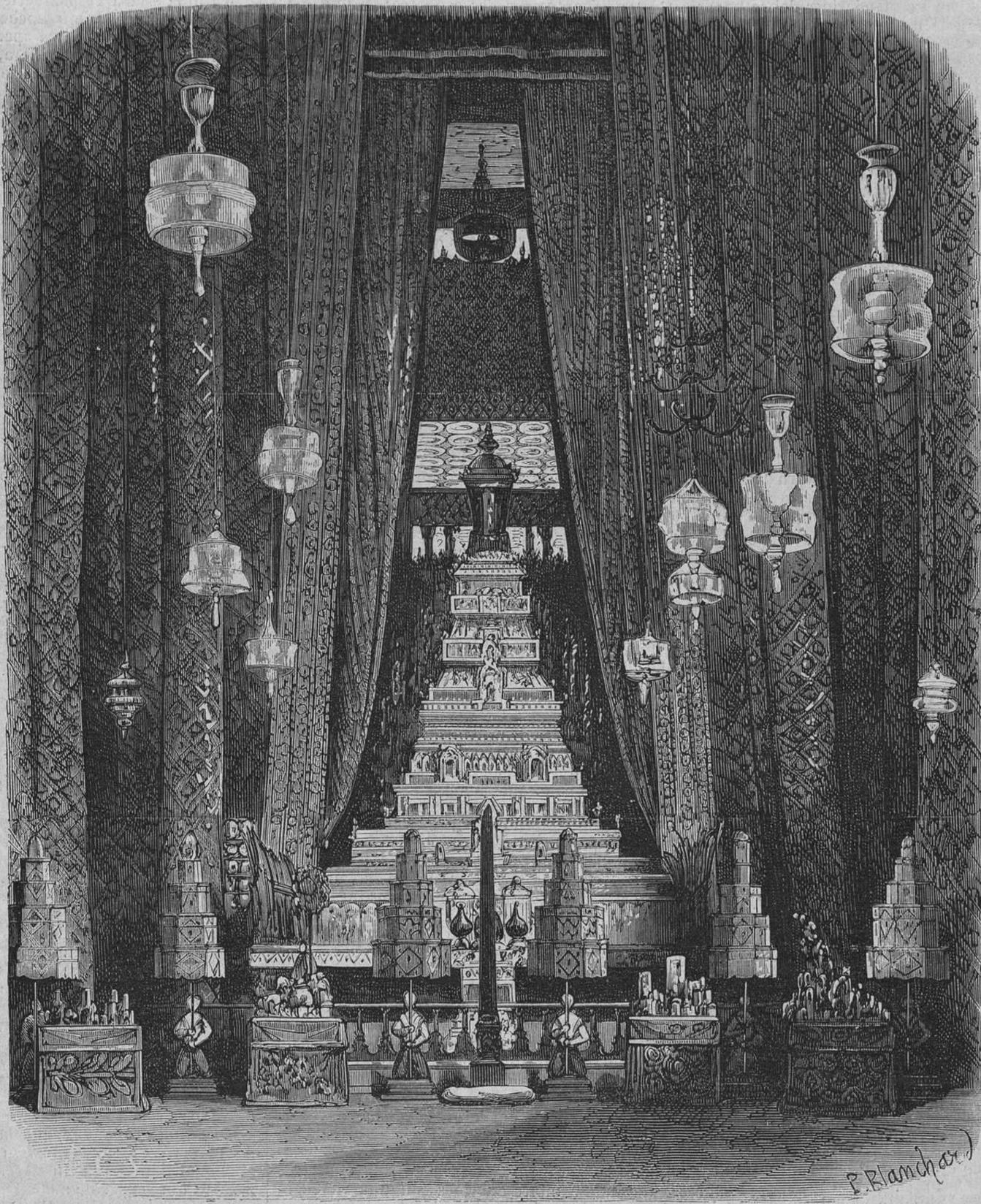
Mandó que pusieran la preciosa reliquia en el centro de una barca real, sobre un trono de oro cubierto con una tienda de seda bordada de oro, y los principes de la familia real, los hijos del difunto, sus mujeres y sus mandarines tomaron asiento en 50 grandes barcas brillantemente iluminadas, y conducidas cada una por cien remeros.

A una señal dada por S. M., el cortejo se puso en marcha, y bajó lentamente el curso del Me-Nan á los sonidos de mil instrumentos de música, hasta el nivel de la Gran Pagoda Val Cheng, en la orilla derecha donde

debía pasar la noche. Habianse levantado muchos teatros sobre balsas de bambú sólidamente amarradas en medio del rio. Se principió con bailes y comedias; luego á eso de media noche, el rey prendió fuego á un castillo de pólvora, y á las dos de la madrugada, dos co-

de una forma sumamente antigua, si bien admirablemente esculpidos y dorados, y que llevaban encima doseses piramidales. Cada uno de ellos iba tirado por seis ú ocho caballos y unos cien hombres. En el primer carro habia un gran jefe de pagoda leyendo un texto de los libros sagrados: en los dos siguientes iban los hijos del difunto, y en el cuarto habia una urnita de oro que encerraba los restos de un hermano del rey muerto muy niño. El quinto carro, de igual forma que los demás, pero mayor que todos, llevaba la urna de plata maciza, adornada con un revestimiento de oro cincelado y enriquecido de pedrerias, que encerraba el cuerpo del segundo rey. Dos mandarines de alta categoria, vestidos de *thevadas*, estaban prosternados delante de la urna, y otro ángel llevaba las riendas.

Detrás de este magnifico carro que arrastraban ocho briosos caballos y



Interior del Phra-Men. — Vista del altar en donde estuvo expuesta la urna funeraria hasta el dia de la cremacion.



EXPOSICION UNIVERSAL. — Alto-relieve de plata de la fábrica de Salsikoff, en Moscou.

doscientos hombres, marchaban los mandarines del segundo rey con su innumerable multitud de esclavos; todos iban de luto, esto es, vestidos de blanco, y con la cabeza enteramente afeitada.

En los cuatro últimos carros se distinguían los diversos perfumes, los leños de maderas olorosas con puntas doradas, que debían servir para quemar el cuerpo.

Una banda de músicos vestidos de encarnado seguía los carros, y detrás de ellos iban palafreneros que llevaban del diestro los caballos del Vangna, con penachos blancos en señal de luto.

Luego desfilaron de dos en dos los hijos del difunto, montados en bonitos caballos y acompañados de una multitud de siervos.

Después pasaron los dorados palanquines de las princesas, con sus innumerables esclavas, todas vestidas de blanco como los hombres, y con la cabeza completamente afeitada.

Finalmente, aparecieron arrastradas mas de cien barcas destinadas á ser repartidas como regalo.

En mas de veinte mil se calcula el número de individuos que tomaron parte en este cortejo, y el desfile no duró menos de dos horas y media. En cuanto á los espectadores, no creo exagerar diciendo que alcanzaban al número de doscientas mil personas.

A las cuatro la urna funeraria fué instalada en el altar piramidal que habia sido preparado en el centro del monumento, entre las cuatro columnas principales del *Phra-Men*. Este altar, en el que se habian empleado 123 kilogramos de oro fino, era una verdadera obra maestra.

Entonces comenzaron las fiestas que duraron siete dias. Habia un teatro chino, dos teatros siameses y una infinidad de polichinelas. Titiriteros, escenas de pugilato, luchadores, nada faltaba. Por la noche iluminaron brillantemente el *Phra-Men* y todos los edificios de la plaza. De ocho á nueve hubo fuegos artificiales.

Todas las tardes á eso de las cuatro, el rey arrojaba á la muchedumbre limones que contenian monedas de oro y de plata ó billetes de lotería, con los cuales se ganaban objetos de oro y plata, telas de seda, barcas, elefantes, caballos, etc.

El domingo 17 de febrero era el dia fijado para la cremación. Quitaron pues el altar dorado donde habia estado expuesta la urna durante siete dias, y le reemplazaron con una reja dorada, debajo de la cual dispusieron la hoguera con leños olorosos. La urna, despojada de sus ornatos, fué colocada sobre esta reja.

Los príncipes y los mandarines, vestidos de luto, se hallaban prosternados delante de la hoguera. A las cinco, el rey, seguido de sus hijos, prendió el fuego, y así que la llama comenzó á chisporrotear, se elevaron lloros y gritos lamentables en la parte del monumento que estaba oculta á los ojos de los espectadores, mediante un cortinaje de seda. Eran las mil mujeres del monarca difunto, que lloraban á su amo con acentos desgarradores.

Cuando bajó el rey de la hoguera, los príncipes y los mandarines fueron á llevar por turno un leño oloroso y una vela de cera perfumada para alimentar la llama. Esta procesion duró la mayor parte de la noche, pues el fuego no debia apagarse hasta el rayar de la aurora.

El 18 por la mañana, cuando se hubo enfriado el lugar de la hoguera, eligieron los huesos principales que encerraron en una urna de oro, la cual permaneció expuesta dos dias mas en el *Phra-Men*.

El 20 fué trasladada procesionalmente al palacio del rey. En cuanto á los huesos restantes, los recogieron con las cenizas de la hoguera, y fueron á arrojarlos al Me-Nam, un poco mas abajo de la iglesia católica de la Asuncion.

T. P.

## Viaje al polo boreal.

FRAGMENTOS.

(Continuacion.)

Realmente no cabia dejar de condolecerse al ver expresar á aquel pobre animal su dolor materno cerca de sus fallecientes hijos. A pesar de que su herida era profunda, y que apenas podia arrastrarse al paraje en que yacian, arrancó un pedazo de la carne de la becerria marina y se la presentó; pero al ver que no comian, los tomé entre sus patas uno tras otro, los halagó intentando llevárselos, haciendo retumbar el aire con sus gritos y gemidos. En fin, reconociendo que eran por demás sus esfuerzos, se arrastró un corto trecho, y en seguida se paró mirando detrás de sí, volviendo á prorrumpir en gemidos; se fué hácia ellos, los olió y se puso á lamerlos.

Alejé por segunda vez, y llegada á cierta distancia, volvió á mirar detrás, deteniéndose en seguida algunos instantes, repitiendo sus alaridos lastimeros. Al encontrar siempre inmóviles sus cachorros, volviéme á su lado, y los tomé alternativamente entre sus patas con manifiestas señales de indecible ternura. Reconociendo al fin que estaban frios y privados de sentido, principié á reflexionar acerca de la causa de aquella catástrofe, y levantando la cabeza hácia nosotros, pareció dirigirnos amenazas inequívocas de venganza; pero en el momento en que despreciando sus heridas se disponia á lanzarse sobre nosotros, una segunda descarga de nuestras

armas la tendió entre sus dos cachorros, y murió lamentando sus heridas.

Por diciembre nos hizo perder el frio dos perros de los nuestros, lo que nos puso en la desagradable necesidad de recoger los demás en nuestra habitacion. Fácilmente se puede formar concepto de los padecimientos que sufrimos durante estos meses rigurosos en que no podiamos salir de la puerta sin exponer la vida. Viviendo reunidos tantos hombres y perros en medio de un desaseo inevitable, mantenian en nuestra habitacion un ambiente perniciosísimo que recargaban mas y mas la hediondez de algunas provisiones podridas, el olor del aceite, y el humo de las lámparas y estufas; además de estas incomodidades, teniamos que romper á menudo pedazos de hielo que se formaban en lo interior de la chimenea para dar paso al humo, que, sin esta precaucion, nos habria ahogado indispensablemente.

Ya se alcanza que en semejante situacion debiamos pasar pocos momentos agradables; así es que no teniamos otro gusto que el de sentir el calor del fuego; pues en los meses de enero, febrero y marzo hace un frio tan excesivo, que es insuficiente el calor animal para conservar la vida; caimos en un adormecimiento tal que no podiamos sin forcejear salir de los tosquísimos lechos en que permaneciamos acostados las tres cuartas partes del tiempo, para dormir y descansar.

A principios de diciembre nevó muchos dias sin interrupcion, formándose un monton de nieve veinte piés mas alto que nuestra habitacion, lo que hizo imposible la abertura de la puerta. Estábamos en una gran consternacion, reflexionando en el peligro que amenazaba ahogarnos por falta de aire; rompimos con palos como antes el hielo que se habia vuelto á formar en los conductos de la chimenea, practicando en seguida un estrecho canal, atravesando la mole de nieve por medio de muchos palos empalmados para dar paso al aire y al humo; en menos de una hora se cristalizaron las paredes de esta curiosa chimenea, congelando la nieve el aire exterior conforme la iba derritiendo el calor del humo.

Quedamos enterrados de este modo debajo de la nieve por espacio de cerca de quince dias, sin que nos fuese mas posible de ar nuestra habitacion que á Noé abrir el arca durante el diluvio. A pesar de todas las precauciones que habiamos tomado para preservarnos de las inundaciones, este peligro era para nosotros de los mas inminentes, porque si en la temporada del derretimiento de una mole tan crecida de nieve, se hubiese el agua abierto paso por la mas pequeña grieta, en breve hubiera llenado el subterráneo, sin que nos fuese posible detenerla.

Debo advertir aquí, en alabanza de mis compañeros, que ninguno profirió la mas leve queja en medio de los peligros y apuros que nos acosaron; y no obstante, muchos de ellos padecieron horrorosamente del frio. Es cierto que teniamos á nuestra disposicion todo cuanto puede idear la prevision, y nos convencimos de que si nos hubiese faltado alguna de nuestras provisiones, no hubiéramos podido, sin un milagro, aguantar el rigor de aquel clima.

Las zozobras mortales que nos causó el peligro de una próxima inundacion quedaron luego desvanecidas por el huracan mas horroroso que jamás he presenciado; en un instante dispersó el viento aquellos prodigiosos montones de nieve que se elevaban sobre nuestras cabezas, llevándose moles enormes con una violencia tal que las montañas solas en la naturaleza eran capaces de resistir.

El estruendo de esta tempestad que bramaba en todas las direcciones de la atmósfera se asemejaba al rayo acompañado de torbellinos; nos parecia oír el Océano rodando sobre nuestras cabezas y la tierra que temblaba bajo nuestros piés; á cada momento temiamos ver nuestra techumbre arrebatada por el viento, y encontrarnos á descubierto en nuestro subterráneo, como el pájaro en su nido en el trance en que el guadañero acaba de cortar la yerba que le hacia sombra.

Nos persuadimos de que no habiendo podido nuestra embarcacion resistir á esta crisis, habia sido destruida, y por consiguiente quedamos desahuciados de continuar nuestros descubrimientos hácia el Norte, y nos veiamos reducidos á la amarga precision de embarcarnos de pasajeros en algun ballenero.

Causóme tal zozobra este pensamiento, que apenas amainó el viento, quise trasladarme á la playa, sin reflexionar en el peligro que corria. El hielo habia cerrado también la puerta, que para abrirla tuve que recurrir á palancas y tenazas. Al salir quedé horrorizado, pues nunca se me ha presentado vista mas espantosa que la escena de desolacion que reinaba afuera.

Saunders y Douglas salieron conmigo. Hacia un frio tan riguroso, que no nos atreviamos á abrir la boca, y de todas las partes del cuerpo, los ojos solos estaban expuestos al ambiente. Todo yacía soterrado en la nieve, de suerte que nos hubiera sido imposible distinguir el mar de la tierra, si antes no hubiésemos visto aquellos sitios.

Los montones de hielo de que estaba erizado el Océano, y los enormes cúmulos de nieve dispersados sobre la superficie de la tierra, ofrecian un cuadro uniforme. La sola diferencia que pude advertir era que en la isla parecian los montes mas romos y encumbrados que sobre el Océano.

Tras largo y penoso ahinco, descubrimos la embarcacion sepultada en la nieve en el mismo paraje en que la habiamos dejado; pero siéndonos absolutamente imposible acercarnos á ella, nos retiramos en diligencia, por estar á pique de rendirnos al rigor del frio.

La luna estaba resplandeciendo esclarecidamente en medio del silencio de la noche; pero su luz venia á desaparecer por la repentina aparicion de una de aquellas iluminaciones de la atmósfera, tan frecuentes en tales climas, y que suplen en cierto modo á la ausencia del sol. Hablo de la aurora boreal, llamada también *antorcha del Norte*, la que permite á la vista medir la sublime inmensidad de los cielos, cuando la tierra se ha convertido en un desierto que la vista contempla horrorizada. Miles de cuerpos luminosos, variados en sus formas y matices, centelleaban en la bóveda celeste, describiendo en todas direcciones majestuosos arcos.

Este fenómeno, superior á todos los del mismo género que hubiésemos presenciado, nos arrebató de admiracion; vimos hácia el Sur una inmensa extension de firmamento teñida de vivísimo encarnado; parecia que toda la constelacion de Orion habia estado bañada en sangre. Esta luz, inmóvil al principio, mudó luego de lugar y de color; matizóse de azul y violeta, encarándose después en cúpula sobre nuestras cabezas, delineando arcos en todas direcciones que parecian otros tantos ropajes, hasta que en fin toda la bóveda celeste se engalanó con su esclarecido cortinaje, de donde surtían manantiales de oro bruñido y de luz, por entre los cuales flechaban las estrellas sus rayos inflamados.

Al ver aquel sublime espectáculo, el alma estaba empapada en raptó tal, que no podia menos de reconocer en esta magnífica obra la diestra del poderoso Arquitecto del mundo. En un instante todos aquellos fuegos se comprimieron hácia su centro comun, semejantes á aquellos leves meteoros que se forman en el aire, desapareciendo después enteramente hácia el zenit.

Al regresar, referimos á nuestros compañeros en qué estado habiamos encontrado el barco, y esta noticia alentó el valor de todos ellos, aventando la zozobra general.

El frio producía un efecto verdaderamente singular; cuando estaba abierta la puerta, introduciéndose el aire exterior en nuestra habitacion, convertía los vapores húmedos de que estaba llena en copos de nieve que remolinaban por todas partes, y caian escarchados sobre las mesas y los vestidos. Habiendo aumentado la violencia del frio, se rajaron los pilares y las vigas, y muchos llegaron á estallar, lo que fué para nosotros un motivo continuo de sobresaltos. En un momento de crisis, nuestro pilar principal se abrió desde la cima hasta la base, y temerosos entonces de que se separasen sus partes, lo ceñimos con varios aros de un fuerte roble, que préviamente habiamos expuesto al fuego para poderlo tocar.

En la temporada de aquel frio intensísimo, señalaba el termómetro de Reaumur 37 grados bajo cero, y nuestros espíritus de vino se coagularon enteramente. Cualquiera que entonces se hubiese atrevido á salir de nuestra habitacion hubiera espirado al golpe.

Tuvimos que tomar todas las precauciones posibles para precaver que el frio reventase las vasijas que contenian nuestros líquidos, pues de otro modo no hubiéramos conservado ninguno. Como habiamos hecho escasa provision de agua, nos fué preciso hacer derretir nieve para satisfacer nuestras comunes necesidades.

Guardamos religiosamente la fiesta de Navidad; pero no observé ningun entusiasmo en mis compañeros. ¿Debia atribuirse esta indiferencia al sumo frio ó á la zozobra que experimentaban por su suerte? Esto es lo que no puedo resolver. Lo cierto es que en aquellas frias regiones el calor vital mengua notablemente, puesto que un hombre puede beber cada dia una azumbre de espíritus puros, mezclada con otro tanto de agua, sin que se emborrache mas de lo que haria en Inglaterra, después de haber bebido igual porcion de cerveza.

Cuando no era tan riguroso el tiempo que nos quitase toda pujanza, obligándonos á mantenernos apretados unos contra otros en derredor de nuestras estufas, me dedicaba á escribir la relacion de mi viaje, no omitiendo observacion alguna que pudiera ser provechosa á mis semejantes. Tuve que escribir parte del Diario con un pincel, porque la tinta se helaba en la pluma sin que me fuese posible remediarlo.

El dia 1º de febrero fué quizá aquel en que se encruceció el frio con mayor extremo. No hacia el mas mínimo viento, y estábamos empedernidos con una especie de frio mortal, de que es imposible formar concepto.

Habíamos sucedido muchas veces, durante el invierno, hacer salir los perros; pero quedaban fuera muy poco tiempo.

Deseoso de aprovechar la bonanza, y no previendo el peligro á que los exponia, los solé aquel mismo dia, estándose al extremo de la escalera, embozado con mis pieles. No estaba tan despejada la luna como solia; pero los fuegos setentrionales eran muy resplandecientes. Al cabo de pocos momentos ví que nuestros seis perros corrian juntos hácia la puerta; cuatro de ellos la alcanzaron medio muertos, y los otros dos se pararon de repente á algunos pasos de distancia. No sabiendo á qué atribuir esta rareza, y no viéndoles hacer ningun movimiento, corrí prontamente hácia ellos, y los encontré helados de muerte en el verdadero ademan de la carrera.

En un instante se apoderó de mí un entorpecimiento á manera de letargo, y entendí que iba á perecer, si me detenía un solo momento. En efecto, solo tuve tiempo para volver á nuestra habitacion, y nuestro cirujano Saunders me llevó inmediatamente á la cama, y me hizo tomar un cordial que me rescató la vida. Es muy posi-

tivo que, si me hubiese estado fuera un minuto más, se me hubiera helado la sangre en mis venas. El termómetro señalaba 40 grados bajo cero.

Este frío intensísimo no era seguido; cuando soplaban el viento del Sur, nos traía un ambiente más templado con alguna lluvia. Con este cambio de temple amainaba mucho la helada.

Acercándose el sol en aquella temporada, hacia el frío más llevadero, aunque sus rayos no hubiesen alcanzado aun nuestro horizonte.

En el mes de abril señalaba el termómetro aun 30 grados bajo el hielo, y con todo había menguado perceptiblemente el rigor del frío.

Hasta el mes de mayo no vinieron los rayos del sol a iluminar nuestro horizonte. A menos de haberse hallado en nuestra situación, imposible es formar concepto de los halagüeños impulsos que experimentamos al ver á este astro centellante de luz, volver á tomar majestuosamente posesión de los cielos, disipando en un momento las tinieblas en que por tantos meses yacíamos envueltos. Estábamos en la aurora del largo día que sucede á aquella espantosa noche, que nos parecía deber durar eternamente; pero el sol no tenía aun poder alguno sobre el hielo y la nieve, que conservaban su primitivo estado.

El día 18 de mayo llovió, y el agua, por de pronto, conservó su fluidez en aquellos charquillos que se encuentran acá y acullá en la superficie del hielo y de la nieve, pero por la noche se heló.

Aumentando, poco á poco, el calor, vino por fin á derretir la nieve en los puntos elevados y expuestos á los rayos condensados del sol, y empezó á descubrirse la tierra.

Los pájaros, que se habían ausentado de aquellos climas por tantos meses, volvieron á visitarlos, y las inmensas extensiones de hielo que cubrían la superficie del Océano empezaron á fermentar y á rajarse con un espantoso estrépito.

Mejorándonos la salud el aumento de calor, nos restituyó nuestro antiguo brio, y empezamos los preparativos de nuestra grande empresa.

Nuestro primer afán fué enterarnos del estado de nuestra embarcación, y reconocimos que, habiendo liquidado la bonanza los enormes trozos de nieve debajo los que había quedado sepultada, habían estos penetrado en cada pieza de madera como en una esponja, y la habían medio llenado de agua; pues, á pesar de que se hubiesen cerrado con todo esmero las escotillas, el agua se había abierto paso por las rendijas del combés. Luego que el hielo estuvo dividido en pedazos tan pequeños que andaban á merced de las olas, encendimos lumbre en todas las partes del buque para secar la madera antes de colocar las provisiones.

Hicimos cocer al horno algunos bizcochos de flor de harina, y todos, sin ninguna distinción, pusimos manos á la obra. Examinamos el estado de nuestras jarcias y aparejos; renovamos todas las velas, y pusimos todas las cosas en el mejor estado posible de reparación.

El viento y la marea dispersaron muy pronto los hielos, que se encaminaron hácia el Oeste por campos inmensos. Del Norte de las costas de Siberia y de las islas polares, venían enormes cantidades de ellos, cuyos rumbos eran hácia el Sur y el Oeste.

El día 1º de junio maté una ave, llamada *burgomaestre*, que había venido á descansar en un témpano. Es la más gruesa y carnívora de todas las aves que habitan el círculo polar. Su largo y corvo pico se asemeja un poco al de la cigüeña; tiene un cerco rojo al rededor de los ojos; sus alas son de un lindo color de perla y orladas de blanco; tiene el lomo de un pardo plateado, y el vientre tan blanco como la nieve; su cola es del mismo color, y la despliega volando, como un abanico. Construye el nido en peñas muy elevadas, inaccesibles á los osos y á los zorros. Hace su presa de todas las especies de pájaros, y se alimenta de pescado y demás animales terrestres, ya muertos. Puede compararse al buitre del desierto, á quien sirven de pasto todas las sustancias animales, cualquiera que sea su estado. Su alarido es espantoso, y acobarda de tal modo al *malle-mack*, ave del tamaño de un pato, que se desploma sobre la tierra, y se deja devorar sin ninguna resistencia.

Encontrando el día 2 de junio el mar tolerablemente navegable, y habiendo trasladado á bordo todas nuestras provisiones, levamos el áncora, favorecidos por un buen viento, y nos dirigimos hácia el noroeste, despidiéndonos de la isla de Spitzberg, donde dejamos en su lugar el techo de nuestra habitación para franquear abrigo á los que viniesen tras nosotros á aportar por aquellas playas espantosas. Supe después que pasó allí el invierno la tripulación de una embarcación rusa, y que se hizo de ella una descripción tan favorable en la corte de San Petersburgo, que establecieron en aquel punto una colonia de presidiarios; lo que suficientemente demuestra que mira la Rusia aquellos países como formando parte de sus dilatadas posesiones.

Habiendo continuado el buen tiempo por algunos días, navegamos con bastante desahogo por medio de los hielos flotantes de que estaba cubierto el mar. Durante las calmas, reinaba un lúgubre silencio en la faz de aquellas melancólicas regiones, interrumpido únicamente por el sordo ruido de la maniobra del buque, por el grito de los pájaros y el hervor del agua que se introducía en las grietas de los témpanos, que se aparecían bajo formas muy extrañas.

Cuando hubimos perdido la tierra de vista, sopló del sudeste un viento fresco, levantando enormes oleadas que descargaban sobre la cubierta, al paso que el hielo formaba en derredor del buque, una especie de cerco

cuajado de tres pulgadas de grueso; el termómetro señalaba entonces 13 grados bajo el hielo.

Al paso que fuimos adelantando, el viento se moderó y el cielo se puso más hermoso y sereno; nuestra gente se afanaba en romper á hachazos el hielo que se formaba en las vergas y las jarcias, por temor de que se desprendiese sobre nuestras cabezas. La mayor distancia que nos pareció entonces mediar entre las bases de los témpanos no pasaba de dos cables, y este espacio intermedio contenía regularmente carámbanos, y á veces maderas flotantes.

Sucedíonos muchas veces tener por tierra enormes trozos inmóviles de hielo que se avanzaban en forma de promontorios ó cabos, y no era poco nuestro chasco al reconocer el yerro por medio del telescopio; encontrábonos entonces por los 83º 41' de latitud, y por los 10º de longitud Este del meridiano de Londres.

Dificultándose más y más la maniobra, encaramóse el capitán á la cofa para observar las aguas más navegables. El gobierno del timón requería sumo tino, y se confió á Douglas, quien, atento á los avisos de dos hombres colocados en los obenques, seguía el rumbo que le señalaban para evitar los bajos. Lo restante de la tripulación, reunida en la popa, trabajaba para ensanchar el paso del buque con largos palos.

Al día siguiente encontramos enteramente cerrado el canal en que nos habíamos metido, lo que nos obligó á variar de rumbo, navegando por los hielos en los rajes en que presentaban menos resistencia. Estando el mar en leche, el agua no tardó á helarse en el estrecho paso que seguíamos, de suerte que tuvimos que volver á mudar el derrotero. Gobernamos al nordeste; pero á pesar de todas nuestras precauciones, no pudimos menos de quedar acorralados, y en esta situación, no se aparecía otro partido que el de amarrar el buque, esperando que los hielos se pusiesen en movimiento hácia el Norte.

El día 10 se separaron los hielos, y reconocimos que, á favor del viento del Sur, nos habíamos adelantado considerablemente hácia el Norte. Pero en breve nos volvimos á ver acometidos y rodeados de bajos: se descolgaron diez hombres sobre el hielo, y trabajaron, los unos en atoar la embarcación, y los otros en desviar las moles que nos atajaban el paso. No pudimos tomar viento, á pesar de todos nuestros conatos, y solo hicimos progresos muy pausados, pues la calma nos defraudaba del auxilio de nuestras velas. Habíamos entonces llegado al octogésimo quinto grado, solo cinco grados más acá del objeto que tratábamos de alcanzar. Habíamos pasado dos grados más allá que todos los navegantes que nos habían precedido, y como todos los hielos seguían la dirección de la corriente, tenía la certeza de que el mar era libre hácia el Norte.

El horizonte, en toda su extensión, aparecía como jabelgado por el reflejo de la nieve, lo que nos denotaba que el mar se hallaba en el mismo estado de impenetrabilidad hasta una gran distancia. A pesar de estar los hielos tan ajustados por todas partes, que ni aun dejaban entre ellos el paso de una lancha, no oponían con todo una gran resistencia; este es el motivo por qué, temerosos de que el frío, que crecía por las noches, no pegase los témpanos (lo que nos imposibilitara todo salvamento), resolvimos hacer un esfuerzo violento para recobrar nuestro ensanche.

(Se continuará.)

## Exposicion universal de 1867.

### EL VESTIDO.

Después de la necesidad de comer, el hombre no tiene otra más imperiosa que la de cubrir sus delicados miembros, para ponerse al abrigo de las intemperies é incomodidades de todas las estaciones. Entre la hoja de higuera de nuestra madre Eva y el costoso cachemira indio, media larga distancia, y un tomo entero no bastaría para dar el detalle y descripción de todos los intermediarios. El que tratara de escribirle elevaría uno de los más bellos monumentos que pueden levantarse al ingenio humano. En cada página brillaría alguna maravilla de ese espíritu de industria que con tanta razón glorificamos, y que mediante sus perfeccionamientos, suministra la marca más segura de los progresos de las civilizaciones.

Pero nos atenderemos á lo que nos ofrece la Exposición universal del Campo de Marte, que á Dios gracias, es rica bajo este concepto, como lo es bajo otros muchos. Lo difícil aquí es escoger entre tanto, y puede decirse con toda verdad, que un hombre inteligente puede observar en algunas horas el espectáculo de todos los trajes que se llevan en todo el mundo.

Ante todo diremos algunas palabras de las primeras materias.

Como es sabido, no son estas muy numerosas. El lino y el cáñamo, la lana y el pelo de algunos animales privilegiados, el algodón y la seda, hé ahí poco más ó menos las conquistas que el hombre ha sabido hacer sobre la naturaleza en medio de la cual existe. Y estas conquistas se hicieron desde la más remota antigüedad, si abrazamos en nuestra apreciación todas las latitudes representadas en el Campo de Marte.

La seda y el algodón eran de antiguo uso en la China y en la India, cuando el Egipto, Grecia y Roma no

usaban aun más que lino y lana. Y tan antiguo como el descubrimiento de estos recursos naturales, es el modo de utilizarlos para cubrir nuestras necesidades y caprichos. ¿Quiénes fueron los primeros que enviaron el cáñamo, cardaron la lana, hilaron y tejieron, inventaron la aplicación y la metamorfosis de los diversos colores? Se ignora. El hombre llegó desde luego á los extremos límites de su dominio, lo mismo en esto que en todo lo que es esencial en él, ya moral, ya físicamente. Para perfeccionar ha debido moverse en el círculo. Abandonamos esta reflexión á los filósofos que se pasean por las galerías del Campo de Marte.

Dirijámonos ahora hácia los productos de Oriente, pues aquí es donde encontraremos con mayor comodidad las industrias hilables en el estado rudimentario, que debe ser nuestro punto de partida.

Nada más fácil que hallar lo que se busca en el palacio del Campo de Marte. Entramos por la puerta principal: atravesamos la avenida de Europa, luego el gran vestíbulo, dejando sobre la izquierda á la Francia y sobre la derecha á la Inglaterra y los Estados Unidos, y llegamos á la calle de Africa, desde cuyo punto no tenemos más que penetrar en las galerías. En menos de una hora hemos recorrido Marruecos, Túnez, Egipto, Turquía, Persia, Siam, la China y el Japon. El viaje habrá sido rápido, y será completo si queremos volver hácia Inglaterra, Holanda y España, para encontrar las Indias, Madrás, Batavia y Manila.

Mucha razón hay para decir que el Oriente es el país de las maravillas. La primera mirada deslumbra. Hay allí una profusión de vistosos colores cuya riqueza es imponderable, y al verlos se comprende que no se han perdido del todo los secretos que hicieron célebres á los tintoreros de Tiro y de Sidon en la antigüedad clásica. El encarnado, el verde, el azul y el amarillo se disputan la palma, y verdaderamente no se sabe cuál se lleva el triunfo. Mientras estos tintes se aplican á materias que se trabajan con facilidad, como las lanas que sirven para hacer las alfombras de Esmirna y de Persia, lo único que hay que hacer es admirar, y desear que se sostenga y se conserve siempre semejante industria.

Con efecto, privadas de ese rico colorido que nos encanta y seduce, y las mantiene en el comercio corriente al menos como curiosidad, estas lanas cesarían muy luego de tener un valor fuera del consumo local. Para convencerse de esto, basta haber tenido un instante en la mano la más bella de las alfombras que nos ha enviado el Oriente, y el más inferior de los productos expuestos por las manufacturas de Aubusson. No pondremos en parangón los *carpets* ingleses. La Inglaterra se propone otra cosa que la Francia en la fabricación de alfombras, y solo los franceses pueden entrar en paralelo con los orientales.

Lo que hace incontestable esta superioridad para todo el que sabe estudiar, reconocer y apreciar el valor intrínseco de un producto industrial, es que por una serie de esfuerzos inteligentes y perseverantes durante muchas generaciones, los franceses no han cesado de mejorar las lanas empleadas en su fabricación, ya las encontraran en su territorio, ya se viesen en la precisión de tomarlas en los países extranjeros. En Oriente, por el contrario, los animales productores de lana se hallan completamente abandonados á sí mismos; y según lo referido por los viajeros, en cuyo punto están unánimes, no hay allí lo que se nota, por ejemplo, en los caballos, esto es, un gran respeto por la conservación de la raza en toda su pureza. De aquí ha resultado que en la actualidad, y esto dura ya un siglo cuando menos, los obreros de Oriente trabajan con materias primeras de calidad inferior, en tanto que no sucede así en Francia. Es cierto que ellos han conservado sus antiguos procedimientos de tinte, sus secretos para no perder nada de un color puro; esto es mecánico y de tradición. Agradeciendo pues el placer que nos proporcionan á la vista, hacemos justicia á lo que en realidad tiene un valor; pero no debemos pasar más adelante.

Y sin embargo, hay personas que se encaprichan tan fácilmente, que en la primera semana de abril, tres días después de la apertura oficial de la Exposición, ya se pudo ver que todas las alfombras de Oriente que había expuestas, se hallaban vendidas. Esto es un triunfo, el que más lisonjea á todo industrial. Debe atribuirse primero á la causa que hemos indicado, y luego, y esto es la razón principal, á la excesiva baratura de estos productos orientales. Esta última consideración merece tenerse muy en cuenta, pues si está en la naturaleza humana el dar siempre la menor cantidad posible de dinero por toda cosa útil que se compra, también es esencialmente cierto que el hombre inteligente no vacilará jamás en poner el dinero gastado en relación con los servicios que se promete del objeto adquirido. Ahora bien, en todo país, y sea cual fuere el grado de civilización, la lana tiene un valor intrínseco que varía según su calidad, esto es, según su grado de flexibilidad y finura. Esto es tan sabido entre los industriales franceses, que cuando se ven en la precisión de hacer compras de materias primeras en países extranjeros, abandonan muy luego las comarcas donde la degenerescencia sobreviene con demasiada rapidez. Hé ahí por qué en la actualidad no se dirigen á los pueblos orientales, y prefieren buscar lo que les falta en la Australia. Hasta la Argelia había perdido tanto en estos diez años últimos, que si no se hubiesen hecho buenos cruzamientos, el mercado estaría cerrado á la hora en que escribimos. Afortunadamente el gobierno y los colonos han sabido detener á tiempo esta decadencia, y en el día el mal se ha reparado. Por otra parte, el consumidor sabe diferenciar también la lana ordinaria y la lana fina,

No espera de la primera los servicios que podrá hacerle la segunda; y en materias de esta clase el consumidor es y será siempre el mejor y mas seguro de todos los guías. No siguen otros los industriales entendidos.

Dejemos pues á los que buscan todo lo que brilla, las alfombras de Oriente; sepamos reconocer por qué son tan baratas, y fiémonos al buen sentido del consumo.

(Se continuará.)

J. B.

### Alto-relieve de plata

de la

FÁBRICA DE SALSIKOFF, EN MOSCOU.

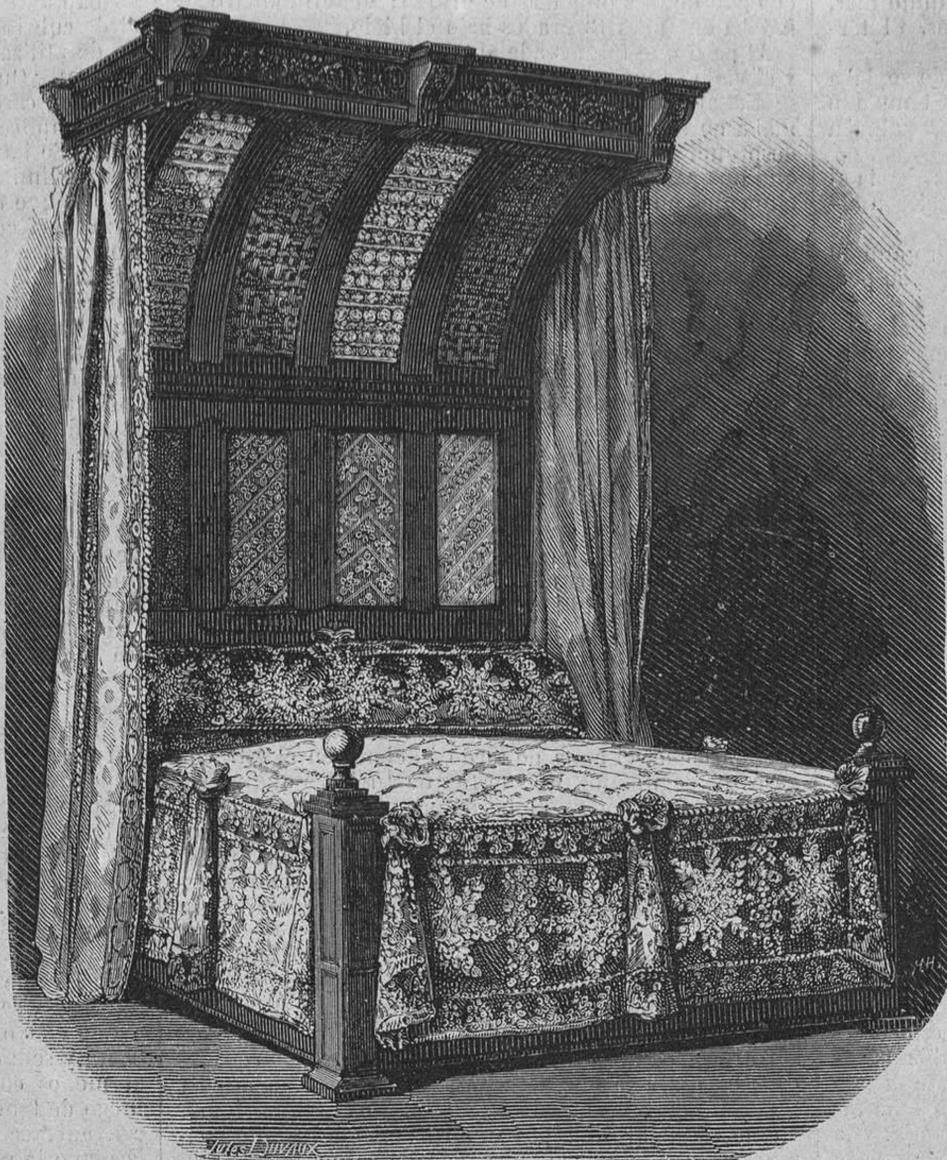
Este alto-relieve, que representa la Natividad de Jesucristo, está cincelado sobre el modelo del profesor de escultura Vitali, modelo presentado al concurso para las obras de la iglesia de San Isaac en San Petersburgo. La Academia de artes de Rusia ha dado su aprobacion á este notabilísimo trabajo, por la perfecta armonía del dibujo, de los grupos y de la composicion.

El mérito particular de la obra consiste en que este alto-relieve ha sido cincelado en *repoussé* en una placa de plata, lo cual, en razon á la altura de las figuras, presentaba dificultades casi insuperables. Dudo es que el arte haya producido un objeto de la misma especie tan considerable como este, á causa de la grandísima convexidad de las figuras.

El cincelado de esta clase se hallaba muy en uso en la antigüedad y la edad media, y casi todas las obras de Benvenuto Cellini ofrecen este trabajo.

Este alto-relieve, de 44 pulgadas de largo, ha sido cincelado en Salsikoff, en Moscou, por el obrero ruso Loscoutoff. La plata está cubierta de platina, y su valor es de diez mil rublos de plata.

Los objetos artísticos de plata que salen de la fábrica de Salsikoff, tienen una fama que hace tiempo ha pasado ya las fronteras de Rusia. En las dos exposicio-



EXPOSICION UNIVERSAL. — Cama bordada expuesta por lady Carrington.

nes universales de Londres, la fábrica de Salsikoff obtuvo medallas de primera clase, y este nuevo trabajo, expuesto hoy en Paris, prueba que el establecimiento se mantiene en el rango que ha sabido conquistar por la superioridad de sus productos.

L. C.

### La cama bordada por lady Carrington.

En medio de la exposicion inglesa las señoras se detienen á contemplar la magnífica cama de raso carmesí que la honorable lady Carrington ha bordado por sus propias manos, y que se halla expuesta en un palacio de cristal.

Es un trabajo de cinco años, y si no fuese por su brillo y frescura, creeria uno encontrarse en presencia de esos antiguos muebles que conservan preciosamente las familias. Pero no, es una obra moderna, digna seguramente de la admiracion que produce en todo el mundo.

H. V.

### El pabellon imperial.

El pabellon imperial, situado á la izquierda al entrar en la Exposicion por el puente de Iena, llama sobremanera la atencion de los visitantes. La construccion de este pabellon es muy caprichosa, y tan delicada tentativa ha encontrado en M. Lehmann, arquitecto, un hábil intérprete.

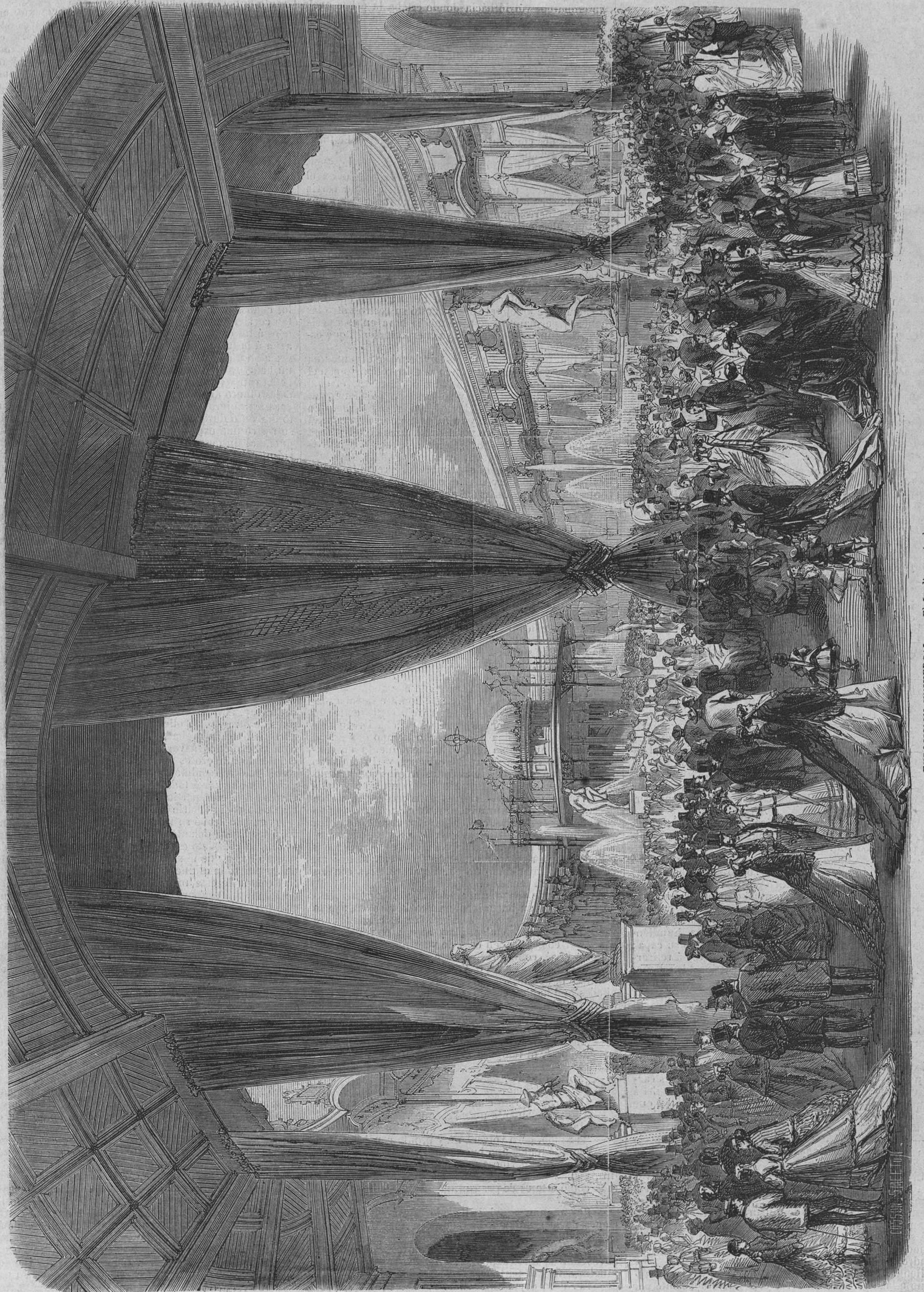
El pabellon se compone de un gran salon central, estilo Luis XV, con alta bóveda, acompañado de otros dos salones mas pequeños y circulares, estilos Luis XVI y argelino. La diversidad de estos estilos se halla en armonía con la variedad de los productos expuestos.

Una galería exterior á la que se llega por cuatro escaleras de mármol, hace independientes los diferentes salones, y sirve de paseo público.

H. V.



Pabellon imperial.



EXPOSICION UNIVERSAL. — El Jardin central.

## Los dos penados.

NOVELA ALEMANA

POR FEDERICO GERSTÆCKER.

(Continuación.)

— Seguramente que sí. Y ¿cómo están los carneros? ¿No hay entre ellos ningún indicio de enfermedad?

— No, no pueden estar mejor.

— Bien. ¿Y los corderillos?

— Son todavía muy pequeños; no obstante han muerto algunos. ¿Tendremos provisiones desde mañana?

— Sí, lo más pronto posible; pero sobre todo ejerced mucha vigilancia: hemos observado huellas de negros en las cercanías. Una tribu poco numerosa ha venido á establecerse cerca de la granja.

— ¡Que el diablo los lleve! murmuró Hendricks.

— Vigildad un poco á vuestro guarda-cabaña: creo realmente que ese hombre duerme lo mismo durante la noche que durante el día.

— También lo creo así, dijo el pastor riendo, pero eso es cuenta suya. Bastante tengo que hacer durante el día, y no podéis esperar que me ocupe de lo que él hace por la noche.

Mac-Donald se echó á reír, y M. Powell añadió, mientras hacia caracolear á su caballo:

— Al hombre que os traiga mañana las provisiones, entregadle doce de vuestros mejores carneros; y si se advirtiere la menor señal de enfermedad, enviad en seguida un aviso á la granja por medio de Miller. ¿Me habeis oído?

— Sí, sí, contestó el pastor con aire indigesto; pero no os olvidéis de enviarme tabaco. Que me condene si no he mascado todo lo que contenian mis bolsillos, y si me queda un saco en estado de depositar en él mi provision.

— Os proveeré de lo necesario; pero me alegrara mucho de veros perder la costumbre de jurar.

— Sí, sí, señor; pero ¿qué es lo que yo quería pedir? ¡Ah! ¿teneis birrimbaos nuevos?

— Los he pedido, contestó riendo M. Powell; pero todavía no he examinado todo lo que han traído; tampoco sé si habrán llegado: sin embargo, estoy casi seguro que los encontraremos entre los objetos que me han remitido.

— Entonces, mañana por la tarde iré yo mismo á escoger algunos, añadió el pastor con aire de contento, y sonriéndose satisfecho.

— Pero el de que os servís me parece que se halla todavía en buen estado, dijo Mac-Donald.

— Yo puedo enviaros algunos mañana por la mañana, añadió M. Powell.

— No, gracias, contestó Hendricks, prefiero examinarlos por mí mismo; quiero tenerlos enteramente nuevos.

— En ese caso, dijo M. Powell, venid vos mismo á buscarlos. Temo que no encontréis lo que deseais.

— Lo sentiré mucho, contestó el pastor.

— Con que, vamos, hasta mas ver. No perdais de vista á los indígenas ni á Miller, y cuidad mucho de mis carneros.

Al decir esto, M. Powell aplicó la espuela á su caballo, y emprendió de nuevo el camino de su casa, seguido por Mac Donald.

— Cuidar de todo, no perder nada de vista, murmuró Hendricks mirando á los jinetes con aire de mal humor, y todo esto por veinte y cinco guineas al año, sin una pizca de tabaco. Me alegrara mucho de saber quién es ese recién venido; ¿un administrador tal vez? pondria las manos en el fuego. Y despues de todo, ¿qué me importa á mí eso? añadió despues de una pausa, hundiendo el sombrero hasta las cejas y recogiendo su capa; mañana tendremos tabaco fresco. Vamos, voy á retirarme. Los animalitos ya deben tener la tripa bien llena, ó á lo menos no se morirán de hambre hasta mañana por la mañana. ¡Aquí, Pallo; á casa!

Estas solas palabras bastaron para excitar al perro. El diestro animal sabia muy bien lo que debia hacer; ladró repetidas veces, reunió los carneros que estaban diseminados en distintas direcciones, y no cesó de moverse hasta que hubo reunido todo el rebaño; luego impelió á los carneros hácia su amo, en direccion de la choza. Hendricks permaneció inmóvil hasta que todos sus carneros hubieron desfilado por delante de él, y ya iba á emprender la marcha, cuando observó una oveja que acababa de parir, y que se quedaba atrás por no abandonar á su progenitura.

— ¡Pallo! gritó Hendricks señalando á la pobre oveja con la punta del cayado. ¡Anda, allá! ¡Ese animal no sabe lo que debe hacer!

El perro corrió hácia la oveja y ladró una ó dos veces. Aun cuando estuviera acostumbrado á morder sin compasion á los carneros rezagados, el fiel animal se mostraba entonces lleno de dulzura, y miraba alternativamente al corderillo que apenas podia tenerse en pié, y á su amo, como si quisiera decirle: Sed compasivo, tened un poco de paciencia; yo no puedo separar á la madre de su hijuelo.

Hendricks demostró ser de opinion contraria. El rebaño estaba ya en marcha, y él estaba impaciente por verse obligado á detenerse. Profirió una terrible blasfe-

mia maldiciendo á las ovejas, al corderillo y al perro; sin embargo, volvió hácia donde estaba la pobre oveja inquieta, la que sospechando el peligro, le miró temerosa y se colocó entre él y el cordero. El pastor la echó á un lado, y con un puntapié acompañado de un impío juramento, mató al animalito. La oveja se desvió y baló tristemente, porque su corderillo estaba muerto. Mientras la madre lloraba la muerte de su hijuelo, Hendricks envió al perro contra ella. Tal vez Pallo obedecia á su pesar; porque de los dos seres, el que tenia mejor corazón, indudablemente era el perro. Pero el corderillo estaba muerto, y el pastor pegaba á la oveja con su palo. Entre los dos consiguieron hacer que la pobre bestia se uniera al rebaño.

Si M. Powell hubiera presenciado esta escena, Hendricks, sin duda alguna, hubiera sido despedido en el acto; pero este último sabia muy bien que no corria riesgo de ser descubierto. Antes de que trascurriera una hora, los perros montaraces que andan merodeando siempre alrededor de los rebaños habrian encontrado el cordero devorándolo en seguida. ¿Valia acaso la pena un solo corderillo de permanecer media hora mas en el bosque?

Cuando los dos jinetes se separaron del aleman Miller, este los siguió con la vista hasta que dejó de oirse el choque de las herraduras contra la tierra; luego entró en su cabaña, se arrojó al suelo, ocultó su rostro entre las manos, y permaneció cosa de media hora en esta posicion. Ningun movimiento de su cuerpo indicaba que estuviese vivo.

— ¡Diantre! ¿estará muerto? exclamó de repente una voz áspera y grosera, hurgando al mismo tiempo con el extremo de un baston los costados del aleman, el cual levantó la cabeza atónito y se puso en pié dando un brinco. ¡Ah! todavía está lleno de vida, segun veo, dijo el recién venido riendo, y va á hacer guerra sin cuartel á una pierna de carnero y á algunas tazas de té. ¿Cómo te encuentras, viejo lobo? ¿Quién son esos dos individuos que acaban de pasar á caballo?

— ¿Me permitireis que primero os pregunte quién sois vos, y de dónde venís? dijo el aleman en lugar de contestar á las preguntas del aparecido, á quien examinó con escrutadora mirada, y sea dicho en verdad que el aspecto del personaje justificaba aquella precaucion. Aunque los habitantes de la selva no tuviesen pretensiones de una refinada limpieza exterior, este intruso ni aun se parecia á uno de los trabajadores ordinarios de la granja. Tenia mas bien las trazas de un salteador de caminos que las de un hombre que busca en qué ocuparse honradamente.

Llevaba la cabeza desnuda, y sus cabellos, de un color rojo oscuro, largos y trenzados, los tenia sujetos, á la manera de los indios, con un pedazo de cuerda. La barba de igual color que el cabello, no habia sido afeitada en algunos meses. La parte superior de su cuerpo estaba cubierta con una especie de capa de pieles de opossum enteramente desprovistas de pelo, y llevaba, colgado á la espalda cuidadosamente arrollado y probablemente nuevo, otro vestido. Este hombre llevaba medidas sus piernas en un pantalon viejo cuyos extremos inferiores estaban hechos girones, prueba irrecusable de que aquella prenda hacia mucho tiempo que estaba sirviendo, y que habia estado frecuentemente en contacto con las zarzas. No usaba calcetas, y sin embargo resguardaban sus piés unas botas nuevas con gruesas suelas. De su hombro izquierdo pendia un saco igual á los de que se sirven los negros para recoger la resina de la acacia ú otras provisiones; este saco, construido con cuerdas trenzadas, contenia un frasco de cobre para poner pólvora, una bolsa de cuero y un paquetito. Sostenia además con la mano derecha una escopeta de dos cañones, cuya riqueza contrastaba tanto con la miseria de su raído traje, como un par de charreteras con los andrajos de un mendigo.

— ¿De dónde vengo, camarada? dijo el forastero riendo y apoyando su brazo izquierdo en la escopeta; ya lo veis, de la selva, y voy á la granja mas cercana para ver si me ocupan en algo. ¿Hay alguna posibilidad de conseguir colocacion en casa de vuestro amo?

— No lo sé, contestó Miller con sequedad.

— Pero ¿quién eran pues esos dos dandys á caballo? continuó el extranjero mirando una despues de otra las pisadas que habian dejado señaladas los caballos en la tierra blanda.

— El uno de ellos es el dueño de la granja; el otro es un extranjero á quien no conozco.

— ¡Hem! ¿viene de arriba ó de abajo?

— No lo sé, ni tampoco me tomo el trabajo de averiguarlo.

— ¿No sois inglés?

— No; soy aleman.

— ¿Y hace acaso mucho tiempo que estais en el pais?

— Aproximadamente unos seis años.

— ¿Dónde está el pastor?

— Ha salido, pero volverá muy pronto con los carneros. Veo que teneis una buena escopeta.

— Sí, es una hermosa arma que casi nunca falla el tiro, y cuando uno viaja solo por los bosques, un camarada como este es de gran utilidad. ¿Hay indígenas por aquí cerca?

— Hay algunos que han llegado hoy á las inmediaciones de la granja: á lo menos así me lo ha dicho M. Powell.

— He visto sus pisadas marcadas en todas direcciones al rededor de esta cabaña. ¿No habeis sufrido todavía ningun daño por parte de esos descreídos.

— No. Pero dejad en el suelo vuestro equipaje, porque supongo que hoy no ireis mucho mas lejos.

— Gracias por vuestra oferta; no quisiera caer durante la noche en manos de pícaros.

El extranjero se despojó de su piel de opossum, arrojó su escopeta á un rincon de la cabaña, cerca del sitio donde se habia colocado el aleman, y mientras este iba al otro compartimiento para preparar el té, se echó en la cama. Al apereibir el libro, lo cogió, pero lo soltó inmediatamente con ademan despreciativo, y se tendió cuan largo era, colocándose de modo que parecia ser el dueño de la vivienda. Estaba plenamente convencido de que no tenia nada que temer, inquietándose muy poco por lo demás.

No se encuentra en ninguna parte una hospitalidad mas completa que en Australia; á lo menos así era antes del descubrimiento de las minas de oro; pero esto ha aumentado en tal disposicion el precio de las cosas necesarias á la vida, que impide á los colonos que ejerzan la hospitalidad como antes. Cada dia se añadian provisiones á las raciones de los servidores para que pudieran acoger á los extranjeros, y el viajero que se aventuraba en aquellas soledades, á pié ó á caballo, y le acontecia llegar por la tarde á una casa, no tenia necesidad de preguntar si podria pasar en ella la noche, porque esto ya era cosa sabida. Tantas cuantas veces los pastores ó guardianes de las cabañas, cuya mayor parte pertenecian á las clases mas bajas de la sociedad, y entre las cuales las imprecaciones y juramentos eran moneda tan corriente como las palabras mas comunes, veian de lejos á un extranjero, ponian sin pérdida de momento agua á la lumbre para preparar el té, cogian carne de venado que tenian colocada sobre una tabla, y cortaban un pedazo para la cena del huésped. De ningun modo podia causarles mayor ofensa un viajero que ofreciéndoles dinero al partir.

El extranjero sabia muy bien todo esto, y por lo tanto descansó durante algun tiempo, dejando percibir en su rostro una expresion de placer, como un hombre que puede al fin descansar de una gran fatiga. No le ocurrió ni por asomo la idea de ayudar á su huésped á preparar la frugal cena, porque era obligacion de este; en cuanto á él, todo lo que pedia y deseaba, era que se diera prisa.

Cuando el té estuvo pronto y la carne asada á las parrillas á punto de comer, Miller llamó al extranjero que se puso á despachar con la mayor prontitud las manjares que se le habian servido, hablando muy poco mientras comia. El aleman se sentó encima de la cama del pastor, y le estuvo contemplando con curiosidad. Cuando el hambre del desconocido estuvo satisfecha (y comió como si no hubiera probado alimento en toda la semana), empezó á preguntar al aleman relativamente á la posicion topográfica del sitio en que se hallaba, y á la distancia que se encontraba de las distintas granjas. Cuando hubo obtenido todas las noticias que deseaba, se informó del estado de los negocios del dueño de la granja, de las distintas personas que tenia ocupadas, de su género de vida, y manifestó al mismo tiempo inquietarse, aunque poco, de los procedimientos de la justicia en la selva. Las oficinas de policia se extienden ya hasta el Murray, aunque colocadas á distancias considerables unas de otras, y la policia, que ha sido organizada hace poco tiempo, ha probado ya la utilidad de esta institucion procediendo á varias capturas importantes, y descubriendo numerosos robos y asesinatos. El extranjero se informó especialmente de la policia, pero se vió obligado á renunciar á toda esperanza de obtener datos positivos sobre este particular. El guarda-cabaña, al parecer, no podia decirle lo que deseaba saber.

En cuanto acabó su refrigerio, el desconocido se tendió boca arriba delante de la choza, y aguardó al pastor en un completo estado de beatitud: no se movió de su sitio hasta que el sonido de las esquilas y el ladrado de los perros le anunciaron la llegada del rebaño.

A contar de este momento empezaron las funciones de Miller. Sin ocuparse mas de su huésped, salió al encuentro de los carneros y los hizo entrar en el corral. El guarda-cabaña debia vigilar toda la noche metido en una pequeña choza de corteza, siendo responsable de la seguridad del ganado hasta el dia siguiente por la mañana. Si por su negligencia se perdian algunos carneros durante la noche, el valor se deducia de su sueldo, que ascendia á unas veinte libras esterlinas por año. Cuando al pastor se le perdía alguna cabeza de ganado durante el dia, este era quien pagaba.

Cuando hubo contado los carneros y los vió puestos en completa seguridad en el corral, el pastor se dirigió lentamente á su choza, pero se detuvo al divisar al forastero, de quien Miller ya le habia hablado. Hendricks le examinó con la mas escrupulosa atencion, y hasta su perro parecia sujetarle tambien á cierto exámen. Se arastró lentamente hácia aquel hombre que estaba todavía tendido en la cama, se adelantó gruñendo con el rabo entre las piernas y el pelo erizado, dando luego un aullido prolongado y lastimero.

— ¡Hallo! gritó el extranjero levantándose con presteza, y dirigiendo una mirada salvaje al perro; ¿por qué aulla de esa manera ese maldito animal?

— Buenas tardes, camarada, dijo el pastor sin contestar á la pregunta, y examinando como hombre experimentado el exterior de su huésped, y tambien el fusil que tenia cerca de sí. ¿Habeis dormido bien?

— Buenas tardes, replicó el extranjero, examinando á su vez la fisonomia del pastor. ¡Ah! mi antiguo camarada, creo que nos hemos visto ya en alguna otra parte.

— Es muy posible, querido, contestó el pastor riendo y levantando su curtida frente, en la cual se veia una profunda cicatriz; vos y yo hemos visto mucho mundo, ¿no es cierto? y como yo llevo esta preciosa señal en

mi cara, se me reconoce al punto con mucha facilidad.  
— ¿Verdad que es un verdadero inconveniente? preguntó el huésped con confianza.

— Algunas veces, sí, no puedo menos de confesarlo, contestó el pastor; pero esto también tiene sus ventajas. Este rasguño tal vez me ha evitado sentir el contacto de algunos metros de cuerda.

— Si, es una especie de preservativo moral, dijo el huésped riendo; pero ¿os habeis olvidado acaso de Juan el Rojo?

— ¡Condenacion! exclamó el pastor con voz casi ahogada, mirando hacia donde estaba el guarda-cabaña; ¿cómo diablos habeis venido hasta aquí? ¿Jack os ha permitido ausentarse?

— Sí, hasta que pueda volverme á echar el gancho, contestó el interlocutor hablando consigo en voz baja. Pero ¿estoy seguro aquí? ¿Hay para mí alguna colocacion en perspectiva?

— Al contrario, no hay ninguna probabilidad de poderos ocupar; pero por un día ó dos estais en sitio seguro. El amo ha venido aquí hace todo lo mas una media hora y me ha participado que han llegado las carretas procedentes de Adelaide. El que debe traer las provisiones vendrá mañana y no es muy difícil que eviteis encontraros con él.

— ¿Quién es ese imbécil que está aquí con vos? preguntó el extranjero señalando con el dedo pulgar, por encima del hombro, al alemán que volvía hacia la cabaña. ¿No es uno de los de nuestra antigua asociacion?

— No, repuso el pastor; por lo demás, no tenemos nada que temer de él. No ve mas allá de sus narices. Pero el perro ha aullado al acercarse á vos de una manera sospechosa. La última vez que esto tuvo lugar fué por haber olfateado un indigena que habia asesinado á un blanco cerca del Murray, que llevaba todavía sus vestidos manchados de sangre. ¿Supongo que no habré observado en vos nada parecido?

— ¡Qué tontería! contestó el forastero; ¿quién es capaz de saber lo que tiene ese animal contra mí?

— ¿De dónde habeis sacado esa escopeta?

— Es un regalo que me ha hecho un colono á quien he salvado la vida.

— O mas bien por haber disparado sobre él á través de la ventana, dijo el pastor riendo.

— Hay varios modos de obligar á las gentes, contestó el otro profiriendo una horrible blasfemia. Pero no me fastideis mas con vuestras estúpidas preguntas. ¿Bajo qué pié estais en vuestras relaciones con la policia?

— Bajo un pié excelente; así se condenen todos! contestó Hendriks. Durante estos tres últimos años, no he visto á un solo *policemen*, y confio que no tendré ese placer en un buen número de años; á menos, añadió lentamente y con inquietud, que vinieran á este pais para buscar en él alguna huella de hechos recientes.

— Sí, suponiendo que haya un hombre bastante loco que deje rastro tras de sí, observó el recién venido con horrible sonrisa. Pero, decidme, ¿quién es ese extranjero que acompaña á vuestro amo á la granja?

— No lo sé, y sin embargo me parece haber visto ya otra vez aquella cara. A decir verdad, no puedo recordar dónde; ¡pero poco importa! añadió riendo. Cuando se cuenta como nosotros con un extenso círculo de relaciones y conocimientos, se inquieta uno muy poco por encontrarse con sus antiguos amigos.

— ¿Supongo que no pertenecerá á la policia?

— No lo creo; á lo menos no lo parece; aunque es difícil adivinar en el día qué disfraz pueden adoptar esos pícaros agentes. ¿Qué diablos teneis que arreglar con la policia? ¿Os persiguen acaso?

— No, nadie piensa en ello, pero ya sabeis que yo he detestado siempre á esos buitres hambrientos. Me sentiría muy disgustado si tuviera á uno de ellos cerca de mí. Y luego, por añadidura, ¿no tienen los *policemen* por auxiliares á esos malditos indigenas bribones á quien el diablo se lleve? Podeis estar convencido de que la vida de un hombre honrado no está nunca segura con ellos.

El pastor se echó á reir. Miller habia vuelto para preparar la cena, y los dos antiguos camaradas, cambiando de conversacion, dejaron en paz á los *policemen* para hablar de diferentes objetos relativos á la vida que se hace en las selvas.

V.

#### LA CAZA DE LOS DINGOS Y SUS CONSECUENCIAS.

Dejamos á los dos jinetes volviéndose al galope á través de la selva. Durante un cierto espacio de tiempo estuvieron ocupados en separar las puntas de la planta llamada con justo motivo yerba de puercos-espín. Cuando salieron de la espesura, se encontraron en una inmensa llanura cubierta de *saltk bush*, y como no habia el menor obstáculo que entorpeciera la marcha de sus caballos, apresuraron el paso.

El zarzal salado, como le apellidan en el pais, es el vegetal mas suculento para la nutricion de los carneros; crece en todas las regiones de la Australia y se encuentran á veces algunos muy elevados y espesos. Unos tienen las hojas redondas ó angulares; otros se parecen al tallo del espárrago, ó mas bien al anís. Estos arbustos están siempre llenos de savia, y su jugo, que es muy nutritivo, tiene un sabor á sal mas ó menos pronunciado; es en una palabra el manjar favorito de los carneros, que pueden estar sin beber muchísimo tiempo cuando pertenecen á la especie llamada *pigls face* (figura de cerdo).

El paisaje que atravesaban nuestros jinetes ofrecia una vista libre y vasta. A sus dos lados, siguiendo el curso del rio, se extendian ante sus ojos una porcion de colinitas formadas de arena rojiza cubiertas apenas de yerba. En algunos intervalos, los largos troncos de los abetos malley, matizados de blanco, se elevaban del medio de los chaparrales, ostentando sus ramas. El horizonte estaba limitado en parte por una ancha cintura de elevados gomerros, de tronco gris, llamados árboles sin hojas, los cuales embarzaban el valle del Murray, adquiriendo algunas veces una grande elevacion. La vista no hallaba un solo punto donde poder posarse con placer. El paisaje asemejaba á un cielo lluvioso, gris sobre gris, gracias á su monótona vegetacion y á su suelo escasamente á propósito para que pacieran en él los carneros y los bueyes.

No obstante, los perros corrian de un lado á otro delante de los jinetes, oliendo la tierra con afán en todas direcciones, y el ardor con que atravesaban el camino de un lado á otro demostraba claramente que seguian diferentes pistas. M. Powell los incitaba con la voz; de repente, como á unos veinte pasos de distancia, dos perros salvajes, de un color amarillo oscuro, llamados *dingos* (1), salieron disparados de un espeso zarzal y desaparecieron entre la maleza siguiendo opuestas direcciones.

— *Tally, oh!* gritó Powell levantándose sobre los estribos con todo el entusiasmo de un cazador.

El grito del amo resonó hasta muy lejos en la llanura, y bastó para excitar á los perros, que mostraban alguna incertidumbre en la eleccion del camino que debian seguir. Esta duda duró sin embargo muy pocos momentos, porque varios perros cayeron sobre las dos pistas y la jauría partió inmediatamente, unos hacia un lado y otros hacia otro.

— ¡Id hacia ese lado, Mac-Donald, exclamó M. Powell olvidándolo todo, gracias á su pasion por la caza; la granja está alla abajo, acordaos bien de ello.

Al decir esto espoleó á su caballo y siguió á los perros en direccion de la primera pista.

Mac-Donald era demasiado inglés para permanecer inactivo en semejantes momentos. Conocia muy bien las sinuosidades de la selva y no temia perderse, así es que dió rienda suelta á su caballo y partió en persecucion de la caza.

El dingo primero quiso al parecer ganar la espesura, pero los corredores perros estaban demasiado cerca de él y le cortaban toda retirada por este lado. Despues de haber retrocedido varias veces á manera de las liebres, intentando inútilmente burlar á los perros, se fué á través de los campos en direccion de la granja. Pensaba sin duda atravesar el rio á nado, ó escapar de sus perseguidores deslizándose en las espesas malezas que cubrian las dos orillas.

Mac-Donald montaba un caballo de fina raza. Los perros, fuertemente unidos, habian tomado la delantera. En el momento en que el dingo, vivamente perseguido, retrocedia nuevamente y se dirigia hacia la derecha, Mac-Donald se lanzó á su encuentro, esperando con esta maniobra llegar adonde estaban los perros y alcanzarlos si era posible ó á lo menos echarles la vista encima. La ejecucion de este plan fué fácil al principio, gracias á la casi desnudez del terreno, sobre el cual su caballo saltaba con vigor. Pero bien pronto una colinita cubierta de malleys detuvo su carrera, y solo con gran dificultad pudo llegar á la cumbre. Una vez en ella, procuró oír la voz de sus perros; pero en lugar de los sonidos familiares á estos animales, lo que hirió sus oídos fué una conversacion sostenida por varios hombres. Su primer movimiento fué coger las pistolas que habia colocado previsoramente en las fundas de la silla, y estuvo mas tranquilo cuando las sintió en su mano y preparó una. Como no oyó mas á los perros, dirigió su caballo hacia el lado donde se percibian las voces, como si sostuvieran una disputa, y gracias á la arena sobre la cual andaba su caballo, se acercó sin hacer el menor ruido hasta que encontró una pequeña espesura, único obstáculo que le separaba de los que hablaban. Escuchó nuevamente, y creyó reconocer las voces rudas y guturales de algunos indigenas.

Mac-Donald pensó que era inútil exponerse solo en medio de aquellos hombres en el centro de la selva. Segun su cálculo, no podia sin embargo estar muy lejos de la granja, y el camino mas cercano de los gomerros sombríos y elevados debia estar á lo largo del valle del Murray; no obstante, no se daba cuenta exacta de la distancia que le separaba de los edificios. Estaba á punto de retroceder hacia la llanura, á fin de evitar encontrarse con los negros, cuando de repente oyó un grito de mujer que le estremeció.

Se detuvo instintivamente. Se repitió el grito, y un momento despues el valiente jóven se arrojó en medio de un grupo de ocho ó diez indigenas que retrocedieron con salvaje admiracion. Delante de sí vió á Sarah tendiendo las manos demandándole socorro, en tanto que dos vigorosos indigenas blandian sus lanzas para defenderse de un ataque imprevisto.

— ¡Oh, señor Mac-Donald, exclamó la jóven aterrada, socorredme y conducidme á mi casa!

— Nada temais, miss Sarah, dijo el jóven con serenidad y alegre acento. Respondo de vuestra seguridad con mi vida. ¿Habeis venido aquí á pié?

(1) El dingo es un animal que participa del perro y del lobo. Su piel es ordinariamente de un color amarillento, pero muy frecuentemente de un pardo rojizo. Es el gran dor de un mastin y su cola es larga y poblada. Es el chacal de Australia.

— Se han apoderado de mi caballo, que probablemente estará paciendo detrás de ese zarzal que veis ahí.

Mac-Donald comprendió que habia llegado muy á tiempo para librar á la pobre jóven de una desagradable aventura y salvarla tal vez de un acto de violencia. Se volvió valerosamente hacia los indigenas, dirigiendo la palabra al que mostraba mas ferocidad, y le dijo en su propia lengua:

— ¡Vamos, venado, idme á buscar el caballo que está allá abajo y traedle aquí; despachad! ¿no me entendéis?

El indigena al parecer estaba asustado, porque no esperaba que un blanco le hablara en su idioma; pero lejos de moverse no hizo mas que empuñar mas fuertemente la lanza que tenia en la mano.

— Vos, hombre blanco, contestó, ¿qué vienes á hacer aquí? Nosotros no te hemos llamado. Vete; aquí nada tienes que hacer.

Mac-Donald hubiera deseado de todas veras saltar de su caballo, montar en él á Sarah y alejarla del peligro lo mas pronto posible; pero sabia que obrando de este modo se privaria de una gran ventaja sobre los negros, que podrian entonces herirle á mansalva por uno y otro lado con sus lanzas y huir en seguida al interior de la selva. Su actitud le probaba bastante claramente que estaban seguros de tener auxiliares á corta distancia de aquel sitio; sin duda gran número de los suyos estaban acampados en las cercanías, porque no pertenecian á la tribu aposentada cerca de la granja. Así es que sin perder tiempo en vanas palabras, Mac-Donald amartilló una pistola y la apuntó hacia el pecho del negro. Este al principio hizo un movimiento como para evitar los efectos del arma mortífera, pero sin embargo luego se mantuvo firme.

— Ahora, escuchadme, dijo el jóven extranjero con fuerza y tranquilidad. Probablemente conoceis el arma que tengo en la mano; con un imperceptible movimiento de mi dedo, atraveso de un balazo vuestro maldito esqueleto y los perros salvajes se nutrirán con la médula de vuestros huesos. Esta, continuó sacando hasta la mitad la otra pistola que tenia en la pistolera, dejándola otra vez en su sitio, es para el otro bribon que se atreva á arrojarme su lanza. Si á mi regreso no encuentro el caballo en el mismo sitio, echaremos toda vuestra tribu al Murray para que sirvais de pasto á los peces. Y ahora venid si os atreveis, cobardes, bribones, ¡venid á atacar á una mujer indefensa!

Ellos en su incertidumbre, reflexionaron todavía lo que debian hacer; pero Mac-Donald manifestó á la jóven que no habia tiempo que perder, y la hizo asirse al estribo rogándole que marchara á su lado. Sarah obedeció, y Mac-Donald hizo volver inmediatamente á su caballo en direccion al camino mas cercano. Pistola en mano, observaba con el mayor cuidado los movimientos de sus enemigos: vió que al fin se reunian blandiendo sus lanzas encolerizados y que hablaban con vivacidad. Se hallaba entonces próximamente á cien pasos de distancia de los indigenas, pero sabia desgraciadamente muy bien, que si estos le atacaban, su compañera se veria expuesta al mayor peligro.

— Van á seguirnos, dijo por lo bajo precipitadamente á Sarah, pero la suerte nos es propicia. Dadme la mano, querida señorita; poned vuestro pié encima del mio: aquí podeis subir fácilmente con el auxilio de esos troncos. ¡Vivo! han adivinado mi proyecto. ¡Daos prisa por amor de Dios. ó será ya demasiado tarde!

Sarah, como verdadera hija de los desiertos de Australia, se encontraba tan bien sentada en una silla de montar como en los sillones de su casa. Hizo lo que se le indicó sin vacilar, saltó sobre el tronco que tenia mas cerca, colocó su pié sobre el de su caballero y montó á caballo. Los indigenas, á quienes sorprendió esta tentativa de fuga, se lanzaron adelante dando un grito salvaje. El noble corcel apenas sintió la espuela, levantó nubes de polvo y trasportó su preciosa carga con la velocidad del viento. Las lanzas de los agresores, perdidas en el espacio, no hirieron á los fugitivos, por lo que Mac-Donald y su graciosa compañera se hallaron bien pronto libres de todo riesgo. Sarah indicó el camino mas corto para llegar á la granja, contando entre tanto sucintamente á su libertador cómo, sin pensar en el peligro, habia salido para ir al encuentro de su padre, lo cual practicaba con frecuencia. No queriendo aventurarse á internar demasiado su caballo en la selva, se habia detenido en un sitio desde donde se veia toda la llanura, cuando de repente fué rodeada por los indigenas, cuyos proyectos segun los ademanes eran cada vez mas amenazadores, hasta el momento en que Mac-Donald la habia arrancado á sus horribles caricias. El jóven no contestó. Iba tal vez á suplicar á Sarah que no se expusiera jamás desde aquel día á un peligro semejante, y se disponia á dar gracias á la Providencia por haberle conducido á aquel sitio para socorrer á la jóven con tanta oportunidad; pero no pudo proferir ni una sola palabra. Sostenia á la jóven en silencio, pasándole la mano derecha por la cintura, hasta que hubo desaparecido todo peligro de ser sorprendido por los indigenas y que pudo divisar las empalizadas de la granja. En este momento detuvo el caballo, se apeó, dejando montada á la jóven, y colocando el pié izquierdo de Sarah en el estribo, condujo al caballo por la brida, andando pausadamente á su lado hasta que entraron en el recinto de la granja.

— ¡Hola! Mac-Donald, ¿dónde está vuestro dingo? exclamó M. Powell, que acababa de llegar hacia pocos momentos, mostrando á su huésped con aire de triunfo el rabudo trofeo arrebatado por él á su perro salvaje.

Justo cielo, añadió, ¿cómo es que Sarah viene montada en vuestro caballo?

— ¡Padre mio! contestó Sarah, si M. Mac-Donald ha dejado escapar su caza, no es suya la culpa, sino mas bien mia. Me ha encontrado bastante á tiempo para evitarme tal vez un castigo demasiado severo por la indiscrecion que habia cometido.

— He encontrado á miss Sarah cerca de los indígenas, replicó Mac-Donald dirigiendo una mirada suplicante á la jóven, como si quisiera recomendarle que no dijese nada de lo acaecido, y la he rogado que aceptara mi brazo.

— ¡Mi hija cerca de los indígenas! exclamó M. Powell; ¿luego esos bribones están en las inmediaciones?

— Si por cierto, dijo Sarah, y nuestro amigo me ha arrancado de su poder.

— ¿Es posible? dijo su padre con temor y sorpresa; se han atrevido...

— No os inquieteis por lo ocurrido, dijo Mac-Donald con calma interrumpiéndole: cinco ó seis tunos pertenecientes á una tribu errante, han tenido, es cierto, la audacia de detener á miss Powell, y cuando han creido que estaban bastante lejos para no poder alcanzarnos, han lanzado algunas de sus picas contra nosotros. El caballo de miss Sarah os será devuelto esta misma noche, ó á mas tardar mañana por la mañana. Voy á enviar en seguida á uno de los súbditos de Nguylloman á que lo traiga y estoy completamente seguro de que se lo darán sin dificultad.

Sin aguardar contestacion, Mac-Donald se separó de M. Powell y de su hija, y se trasladó á toda prisa al sitio en que estaban acampados los indígenas. El colono se hizo contar por Sarah todós los detalles de su aventura. Lo primero que le ocurrió fué reunir á toda su gente aquella misma noche, para castigar á los indígenas por su impertinencia y su audacia; pero como ya era demasiado tarde, desistió de este proyecto y resolvió salir á la mañana siguiente muy temprano para ver lo que se debia practicar.

Ante todo era necesario, ó á lo menos de todo punto prudente, mostrar á aquellos audaces indígenas que los



M. J.-O. Couat, violonista.

blancos eran en bastante número para hacer abortar los proyectos que pudieran haber concebido.

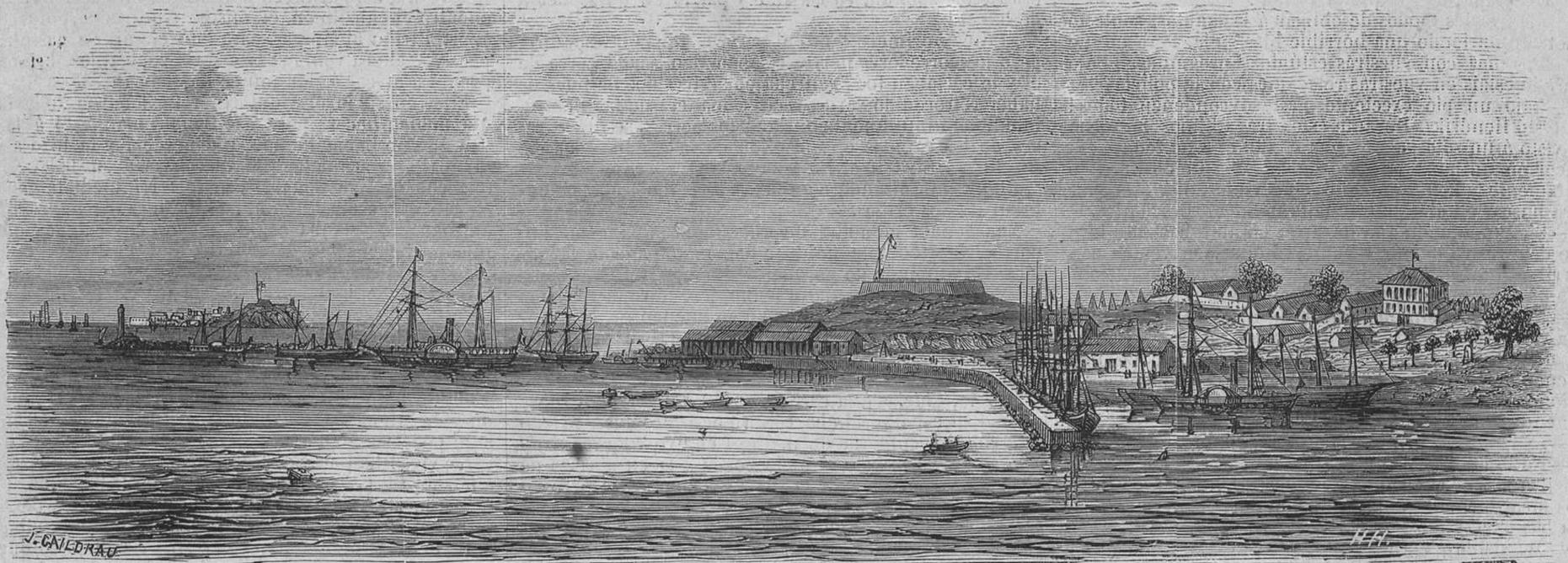
Este ataque incomprendible atormentaba tambien mucho á mistress Powell, porque temia toda colision con los vengativos indígenas, cuyo odio seria una amenaza continua contra la vida de su familia y la de sus hijos. Comprendia muy bien la obligacion que habia contraido con su huésped, y aguardaba con impaciencia que regresara para atestiguarle su reconocimiento. Sin embargo, se vió contrariada, á lo menos por aquella no-

che. La cena se retardó un cuarto de hora, pero á poco se presentó M. Bale, el administrador de la colonia, llevando una misiva de Mac-Donald, previniendo á la familia que no le aguardaran. Los Powell supieron por aquella carta que su huésped se habia dirigido á la selva con uno de los negros, no solo para rescatar el caballo, sino lo que es mas todavía, para ver el campo enemigo, cerciorarse de su fuerza, y saber si amenazaba algun peligro. M. Bale meneó la cabeza al saber el objeto de aquella expedicion en alto grado temeraria, y mas practicada en compañía de un tunante que pertenecia á aquella cuadrilla de traidores. Dijo que creia que aquellos malditos no darian cuenta fácilmente de un hombre como Mac-Donald, y que confiaba que le volverian á ver sano y salvo al dia siguiente por la mañana, y hasta añadió que por su parte tenia intencion de jugarles una pasada y mostrarles lo que arriesgaban insultando á una mujer blanca.

M. Powell supo con gran disgusto la expedicion temeraria de su huésped. Mac-Donald no conocia tampoco muy bien la selva, y le seria indispensable fiarse del negro que le servia de guia. No obstante, cesó de entregarse en alta voz á sus reflexiones, para no acrecentar la inquietud de las señoras, que estaban ya bastante azoradas. Rogó á M. Bale que armara toda la gente y la tuviese dispuesta para el dia siguiente por la mañana, á fin de acompañar al carretero que debia llevar las provisiones á la choza del pastor, y explorar zarza por zarza, todas las sinuosidades de la selva.

Los preparativos empezaron al anochecer. Sarah estaba sola en el comedor, arreglando la mesa y preparando la comida, cuando se abrió de repente la puerta y entró Mac-Donald. Estaba pálido y grave y contestó á las graciosas frases que le dirigió la jóven con un profundo silencio y una sonrisa de incomprendible tristeza. El corazón de Sarah palpitó, sin que pudiera explicarse á si misma la causa de aquella melancolia, y tuvo el presentimiento de alguna desgracia.

— ¿Sabeis que vuestra loca excursion de la última noche nos ha atormentado bastante? dijo ella al fin en tono de amistosa reprehension.



SENEGAL. — El puerto de Dakar.

— Tengo un pesar al oíroslo decir, porque yo tenia una intencion contraria, contestó Mac-Donald. Yo queria tranquilizaros y saber al mismo tiempo por mí mismo el número exacto de los hombres de que se compone la tribu acampada no lejos de aquí. En este momento puedo daros noticias satisfactorias, porque no debeis abrigar ningun temor por vuestra seguridad. Vuestro caballo ha sido hallado.

(Se continuará.)

### M. J.-O. Couat,

VIOLONISTA.

Un jóven violonista, J.-O. Couat, nacido en la isla de la Reunion (agosto de 1838), debe tocar próximamente en el teatro internacional de la Exposicion. Este artista, cuyo retrato damos, ha hecho sus primeros estudios musicales en Nantes, de cuyo punto pasó á Italia, donde muy en breve se distinguió por su talento. S. A. R. el duque de Parma le honró con el título de violin-solo en su córte.

Despues de la muerte de su real protector, el animoso artista se embarcó para climas lejanos, yendo á buscar aplausos en Australia, la India, la isla Mauricio, la

Turquía, Egipto, Inglaterra, etc. En el dia se halla en Paris, en presencia de sus rivales Joachim y Wilhelmy.

El torneo será interesante. Las cualidades particulares que distinguen á este jóven artista, son un vigor extraordinario con una pureza consumada, un sentimiento exquisito en el canto y las dificultades, y una flexibilidad y habilidad que logran pocos violonistas.

M. S.

### El puerto de Dakar.

(SENEGAL.)

El puerto de Dakar, que acaban de inaugurar los vapores de las Mensagerias imperiales, se halla situado al extremo de la península del cabo Verde, enfrente de la isla de Gorea, al Sur de San Luis, capital de la colonia francesa del Senegal.

El 4 de noviembre de 1866, fondearon por primera vez en Dakar los vapores del Brasil, pero los franceses se hallan en posesion de esta península desde 1857. En 1860 se encargó á una comision que buscara en la vasta bahía de Gorea un punto favorable para la creacion de un puerto de comercio y de una escala para los

vapores de la línea de Burdeos al Brasil. Despues de haber comparado los fondeaderos de San Vicente (islas del cabo Verde) y de Gorea propiamente dicha, con el de la ensenada de Dakar, la comision se pronunció por unanimidad en favor de este último punto.

Entonces comenzaron los grandes cambios que han tenido lugar en la península: una ciudad de calles anchas y derechas se dibuja y se desarrolla cada dia sobre la meseta que antes ocupaban tres ó cuatro miserables aldeas.

El 1º de julio de 1862 se aprobó el plan de la nueva ciudad, y al punto se elevaron, en lugares convenientes, un cuartel para la gendarmeria y un bonito monumento para la escuela primaria de los chicos musulmanes.

Un faro de primera clase alumbrá las inmediaciones de Dakar, faro que se eleva sobre la altura llamada la Grande-Mamelle y envia sus claros rayos hasta treinta millas en alta mar; para mayor precaucion han colocado otros dos fuegos suplementarios, de alcance mediano, el uno en la punta de Almadies y el otro en el cabo Manuel.

Abundantísimos son los recursos de la escala de Dakar, en carne, pescado y verduras frescas de toda especie. Las tiendas al pormenor rivalizan por establecerse en las mejores plazas de la ciudad, y ya se cuentan en Dakar fondas y habitaciones amuebladas, donde hallan los viajeros las comodidades de las casas europeas.

P. P.